

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:  
tendencias, perspectivas, debates**

# La tercera invención de la juventud



Dinámicas de la politización juvenil  
en tiempos de la reconstrucción  
del Estado-Nación (Argentina, 2002-2015)

**Miriam E. Kriger**



Grupo Editor Universitario



CLACSO

**MIRIAM E. KRIGER**

# La tercera invención de la juventud

Dinámicas de la politización juvenil  
en tiempos de la reconstrucción  
del Estado-Nación  
(Argentina, 2002-2015)



## **Colección Grupos de Trabajo**

### **CLACSO - Secretaría Ejecutiva**

**Pablo Gentili** - Secretario Ejecutivo

**Pablo Vommaro** - Director de Grupos de Trabajo, Investigación y Comunicación

**Nicolás Arata** - Director de Formación y Producción Editorial

### **Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual**

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial

### **Núcleo de diseño y producción web**

**Marcelo Giardino** - Coordinador de Arte

**Sebastián Higa** - Coordinador de Programación Informática

**Jimena Zazas** - Asistente de Arte

**Rosario Conde** - Asistente de Programación Informática

## **Equipo Grupos de Trabajo**

**Rodolfo Gómez, Giovanni Daza, Alessandro Lotti, Teresa Arteaga**

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



**Biblioteca Virtual de CLACSO** [www.biblioteca.clacso.edu.ar](http://www.biblioteca.clacso.edu.ar)

**Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales** [www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana](http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana)

**CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.**

## **Primera edición**

*La tercera invención de la juventud: dinámicas de la politización juvenil en tiempos de la reconstrucción del Estado-Nación*  
(Buenos Aires: CLACSO, junio de 2017)

ISBN 978-987-1309-24-5

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

## **CLACSO**

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional  **Asdi**

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

MIRIAM E. KRIGER

# La tercera invención de la juventud

Dinámicas de la politización juvenil  
en tiempos de la reconstrucción  
del Estado-Nación  
(Argentina, 2002-2015)



Grupo Editor Universitario

Kruger, Miriam Elizabeth

La tercera invención de la juventud : dinámicas de la politización juvenil en tiempos de la reconstrucción del Estado-Nación / Miriam Elizabeth Kruger. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario, 2016.

80 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1309-24-5

1. Juventud. 2. Ensayo Sociológico. I. Título.

CDD 303

1ª edición: abril 2016

Diseño, composición, armado: m&s estudio

Diseño de tapa: GEU

©2016 by Grupo Editor Universitario

San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-1309-24-5

Queda hecho el depósito de ley 11.723

*No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.*

*A Mariano Ferreyra, Luciano Arruga  
y a todos los jóvenes que se “meten” con la política.*

Este libro reúne investigaciones de los últimos diez años, realizadas junto a mi equipo, a cuyos miembros agradezco el trabajo compartido. Gracias a Juan Dukuen por su escucha, por enriquecer mis ideas antes y después de escribirlas y por sus lecturas atentas y reflexivas; a Shirley Said por el trabajo exhaustivo de revisión y edición del texto y su montón de comentarios valiosos; a Cynthia Daiban por sentipensar tan hondo y poder compartir temas que publicamos juntas; a Cecilia Díaz por sus lecturas minuciosas y aportes al manuscrito inicial; a Hernán Fernández Cid por los trabajos juntos y a Luciana Guglielmo por ser parte siempre de todo.

Gracias a mis hijas Sol y Rocío Kutner, y a Nico Cernadas, por ser mis “informantes clave” y ayudarme a reconstruir y revisar los recorridos más recientes de la militancia estudiantil secundaria, con su propia memoria y sus experiencias.

Gracias a cada uno/a de lo/as jóvenes y docentes que participaron de los tres estudios cuyos hallazgos presento, y por sus voces que ponen vida a este libro. Entre ellos, especialmente a quienes fueron entrevistados o invitados a los diversos foros de discusión citados, en calidad de estudiantes, militantes, o alumnos de mis cursos de posgrado, compartiendo con generosidad sus ideas, sus pasiones y sus historias de vida.

Gracias a Pablo Vommaro, colega y co-equiper, por invitarme a ser parte de esta colección.



## ÍNDICE

CAPÍTULO 1	
JUVENTUD, POLÍTICA Y NACIÓN, DEL SIGLO XX AL XXI .....	9
Los jóvenes, de las escarapelas a las banderas.....	13
CAPÍTULO 2	
DINÁMICAS DE LA POLITIZACIÓN JUVENIL.....	19
Contra la mirada adultocéntrica:	
¿despolitización, repolitización o politización en otra clave? .....	19
“Lo político” y “la política”: la dupla que hace historia .....	22
Jóvenes y política en el campo de estudios sobre juventud/es ....	26
CAPÍTULO 3	
LA DIMENSIÓN HISTÓRICA DE LA POLITIZACIÓN .....	31
Las tres “invenciones” de la juventud en la trayectoria de los Estados nacionales.....	33
CAPÍTULO 4	
JUVENTUD Y POLÍTICA EN LA ARGENTINA CONTEMPORÁNEA.....	41
Primer momento: La contestación de los jóvenes y la reconstrucción del estado.....	45
Segundo momento: La invención de los jóvenes y la consolidación del estado .....	54
¿“Consagración” y/o reconocimiento de la juventud? .....	64
PALABRAS FINALES.....	71
Y entonces... ¿fue magia? .....	71
Bibliografía .....	75



# 1. Juventud, política y nación, del siglo xx al xxi<sup>1</sup>

En 2005, me encontraba realizando mis primeras entrevistas con jóvenes sobre “la política”. Me acuerdo que era bastante difícil: la sola mención de la palabra generaba distancia, como si les preguntara algo demasiado ajeno al mundo en que vivían y les interesaba, a sus deseos, a sus oportunidades, a sus sueños, a sus proyectos, e incluso a sus frustraciones. A menudo una mueca en sus caras me hacía saber que la palabra “política”, además, les traía un mal sabor... que todavía hoy no me atrevo a decir si provenía de la experiencia de sus padres con la dictadura o de su propio pasado reciente, menos marcado por la tragedia que por el desencanto de los 90 y el colapso integral del país en el 2001. O tal vez de ambos, de ese modo silencioso pero constante en que los mundos de vida van tejiendo sentidos en la trama entre las generaciones (precisamente en ese momento en que se percibía como desgarrada). Lo que sí puedo asegurar es que “la política” hace tan solo una década no estaba en “la agenda” de los jóvenes y ni siquiera en la de la época. No solo acá sino a nivel global, donde en términos académicos el diagnóstico aludía a una crisis de legitimidad más amplia, que en términos concretos suele expresarse como una brecha entre la ciudadanía y la política o entre la sociedad civil y la clase política.

Sí, hablar con jóvenes sobre política era difícil y no porque allí se señalara un conflicto o una intensidad belicosa; todo lo contrario: ajenos uno a otro, se decía que entre ellos ya no había nada. Sesgadamente se postulaba una relación vacía en lugar de vaciada y se recurría a la vieja figura del desierto para desertizar (¿al servicio de qué conquista esta vez?). Tras el desfondamiento trágico del *flower power* y las revoluciones tercermundistas, tras el derribo del muro y el mundo bipolar, tras la forma más mansa

---

1. Este libro fue realizado en el marco del Proyecto PICT 2012-2751: Juventud, política y nación: Un estudio sobre sentidos, disposiciones y experiencias en torno a la política y el proyecto común, dirigido por la Dra. Miriam Kriger.

de las culturas y las tribus urbanas de los 90, contemporáneas a las invisibilizadas luchas en los territorios de los desocupados, los excluidos, los desclasados; esos jóvenes que yo entrevistaba en el 2005 aún estaban adentro, pertenecían al sistema de clases (ser pobre era, aún, *ser*), habían sido escolarizados en su mayoría en la escuela pública empobrecida pero se mantenían del lado *de adentro*, y sus voces eran las que el discurso hegemónico amplificaba y distorsionaba para afirmar la supuesta apatía y falta de interés de la juventud en la política (que hipócritamente criticaba).

En el tránsito de un siglo a otro, esos jóvenes tenían detrás de sí la pasión de “cambiar el mundo” y por delante el reto de conservar lo que quedaba de él en sus contextos pero también a nivel planetario, donde el triunfo del progreso técnico devino en amenaza sobre la historia y la ecología. Como trasfondo, el nihilismo optimista globalizante, los efectos del vaciamiento material y simbólico de sus países (y de sus futuros personales y colectivos en ellos), y – en contextos como el nuestro, donde la represión de la “generación política” había sido feroz y siniestra– la sombra perversa de la “lección aprendida” que amenazaba dejar fuera de juego acaso a “tres generaciones” (literalmente la aspiración de la dictadura)

Recuerdo que una de mis entrevistadas, Juliana (18)<sup>2</sup>, hablando de los 70 dijo que “en esos años todo era político” y cuando le pregunté por su presente, afirmó sin dudar, como si se tratara de una obviedad: “Ahora... ¡La política *ya fue!*”. Lo que me impactó, sin embargo, es que vestía una remera estampada con la bandera argentina, algo muy común en ese momento de “argentinidad al palo”, como cantaba *La Bersuit*. De hecho, otros entrevistados portaban en su look juvenil alguna referencia a los símbolos patrios, desacartonada y provocativa, en la clave del himno versionado por Charly García, o del *history-boom* a lo Pigna<sup>3</sup>. En todos ellos había

---

2. Investigación doctoral realizada entre el 2005-7, dirigida por el Dr. Mario Carretero (Kriger, 2007; cuyos principales hallazgos se publicaron en Kriger, 2010), bajo el título: “Historia, Identidad y Proyecto: Un estudio de las representaciones de los jóvenes argentinos sobre el pasado, presente y futuro de la nación”. La misma se realizó sobre jóvenes estudiantes (N= 365) de ambos géneros, de entre 18 y 20 años de edad, del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires (CBC-UBA), y tuvo dos fases: una cuantitativa –con la aplicación y análisis de un cuestionario escrito y auto-administrable elaborado *ad hoc* para este estudio– y otra cualitativa –de entrevistas individuales en profundidad (semiestructuradas) a un grupo reducido de los mismos entrevistados–.

3. Felipe Pigna es historiador, profesor y escritor. Su trascendencia pública se magnificó a partir del libro *Los mitos de la historia argentina*, best-seller en 2004, con cinco tomos publicados entre ese año y 2013. La colección dio origen al ciclo televisivo “Algo habrán hecho por la historia argentina”, que condujo junto a Mario Pergolini, y que fue galardonado con el premio Martín Fierro 2006 y 2007 al mejor programa cultural argentino y el premio Clarín al mejor programa periodístico en 2006 y 2009.

una emoción particular, una rara especie de orgullo nacional no ligado a la victoria ni a la humillación, sino a una derrota que ennoblece a pesar de todo. Eran como sobrevivientes, pero no tanto de una experiencia como de un destino, del que se salvaron en un viraje histórico: “el 2001” o “el argentinazo<sup>4</sup>”.

Me dio bastante trabajo comprender este complejo modo de ser joven en la Argentina cercana a la crisis. Si el país no se había caído del mapa, al menos el mapa se había reconfigurado drásticamente. Conminados a ser latinoamericanos (y ya no europeos) y a atravesar un laberinto que no tenía opción de salida por arriba, el hilo de Ariadna los obligaba a recorrer por dentro —desde la saga triunfal decimonónica y los mitos escolares que eran parte de su biografía— una argentinidad desencantada, que iban descubriendo como un tesoro escondido en el jardín de su propia casa en ruinas. Algo así como sobrevivientes del Minotauro, que ante el colapso del proyecto, se salvaban del monstruo engendrado por la corrupción de Minos, el gobernante, inaugurando otra etapa. “Condenados al éxito”, había dicho Duhalde en el 2002 con astuto olfato político, al asumir en plena crisis de acefalía, invirtiendo en una suerte de “pase discursivo” el signo de la condena fatal que pesaba sobre los argentinos, pero interpelándolos como refundadores míticos más que como constructores políticos, traídos de la profundidad de un pozo sin fondo a la efectiva ilusión de estar prematuramente en un nuevo tiempo<sup>5</sup>.

En suma, resulta que me encontraba frente a mis entrevistados y descubría con ellos una posibilidad que no había considerado: ¡No querían nada con la política y querían todo con la Argentina! Lo más difícil de comprender era que, lejos del desinterés y la apatía que el discurso hegemónico asignaba a los jóvenes, su rechazo por la política cursaba con la pasión por la Argentina y su historia: reinvestían a los símbolos patrios y se identificaban con los próceres tras quitarles el bronce. San Martín y Belgrano se disputaron el primer puesto entre los votos de miles de televidentes

---

4. El 19 y 20 de diciembre del 2001, y tras la confiscación de los ahorros de gran parte de los ciudadanos, se produce una protesta masiva que cree en las calles de diversas ciudades, particularmente Buenos Aires. Al golpe de cacerolas y bajo la consigna de “que se vayan todos”, la marcha de la ciudadanía provoca finalmente la renuncia del gobierno nacional, donde la ciudadanía destituyó al gobierno, y luego a la acefalia y default integral del país.

5. A partir de entonces, y claramente a partir de las elecciones presidenciales del 2003, cuando es posible percibir una recuperación del crédito democrático la llegada al gobierno de Néstor Kirchner marca el comienzo de una efectiva recuperación del país ya en el plano de las prácticas reales. Mientras tanto, en el nivel representacional la refundación opera como un potente leit motiv de la argentinidad, que toma forma en imágenes tan vívidas como la de “la salida del infierno”, utilizada reiteradamente por Kirchner en sus discursos.

jóvenes del “El gen argentino” (conducido por Mario Pergolini, ícono de la cultura radial de FM Rock & Pop<sup>6</sup>), mientras se reeditaban libros de historia inusualmente devorados por un público adolescente convidado a desmitificar, recrear y dar vuelta la versión oficial aprendida en la escuela (aunque sin llegar a proponer “otra historia” aún<sup>7</sup>). A su vez, pese a conocer los datos duros de aquel momento sobre el endeudamiento-*default* del país y la privatización de sus recursos, en su mayoría se autocalificaban como agentes de un futuro mejor y proponían que para empezar era necesario “inventar la nación” y generar sentimientos de pertenencia. Es decir: recuperar, reivindicar y refundar en el plano simbólico aquel viejo proyecto caído en desgracia/*default*, haciendo uso de una singular estrategia consistente en sacrificar la política —a la cual se le asignaba toda la culpa de la crisis (interpretada además, moralmente<sup>8</sup>)— para redimir la historia y recuperar *aquella* nación que *debíamos* ser.

¿Nacionalismo? Sí, pero teniendo muy en cuenta que en la América del Sur, en especial desde hace por lo menos tres décadas, como en otros ámbitos neo-coloniales, ciertas formas de nacionalismo de base popular encarnan también la resistencia a los poderes hegemónicos globales, en defensa de la soberanía estatales. De modo que tienen un signo transformador (es el caso de los neo-populismos progresistas), a la inversa de Europa o EEUU, donde los nacionalismos suelen ser conservadores o acervo de las nuevas derechas.

En la Argentina de este milenio, tras el desplome del Estado, *la nación* solo podía ser salvada “desde abajo” (¡“arriba” no había nadie dispuesto!), lo cual la dotó de una legitimidad popular, en cuya construcción los jóvenes se hicieron *fans* de una argentinidad rescatada del fracaso de la generación adulta y de “la política”. Sin embargo, no pasó tanto tiempo para que esas prácticas de *lo político* llevadas adelante por una ciudadanía que

---

6. Mario Pergolini es conductor de radio y televisión, reconocido a partir de la década del '90 por su participación en emisiones ligadas al rock y a la cultura juvenil y crítica del *establishment*, como lo fue el emblemático programa televisivo *Caiga Quien Caiga* (CQC). En 2007, produjo y condujo *El Gen Argentino*, en el que se buscaba a la figura más representativa de todos los argentinos. El ganador, elegido por votación del público, fue José de San Martín.

7. Me refiero a libros como los de Felipe Pigna que han figurado en las listas de los más vendidos durante los últimos años; o al éxito de los tantos capítulos de la serie histórica “Algo habrán hecho”, una coproducción televisiva del mismo autor con Mario Pergolini. Ambos ejemplos son exponentes privilegiados del *history boom* en la Argentina de comienzos del milenio.

8. Scavino (1999) dice que prevalece una interpretación de la crisis argentina en una clave moral y no política. Esto fundamentaría la concepción de una ciudadanía que se configura como custodia y garante moral impoluta, no corrupta-antipolítica del proceso de reconstrucción democrática.

se consideraba a sí misma profundamente antipolítica (“¡Qué se vayan todos!”) comenzaran a ser integradas “desde arriba” *por y al* Estado, con el arribo del kirchnerismo. Esa modalidad activa (y furiosa muchas veces) de la “anti-política” se ajusta mejor a la caracterización de Rosanvallon (2007) como “contrademocrática”. Este autor, contrario a la idea de una declinación de lo político, tan en boga en los 90, piensa estos rasgos en términos de “mutaciones de la democracia” (Rosanvallon, 2007: 37), en las cuales emerge una ciudadanía no pasiva sino muy activa: reactiva, que protagoniza un tipo de ejercicio democrático no institucionalizado, ligado a las expectativas y decepciones de la sociedad (frente a la corrupción de los regímenes políticos, en especial) y al rol vigilante que deberían asumir los ciudadanos para evitar que la representación (política) se vuelva dominación. Nos dice entonces que “esta contrademocracia no es lo contrario de la democracia; es más bien una forma de democracia que se contrapone a la otra, es la democracia de los poderes indirectos diseminados en el cuerpo social, la democracia de la desconfianza organizada frente a la democracia de la legitimidad electoral” (Rosanvallon, 2007: 27).

## Los jóvenes, de las escarapelas a las banderas

Aflorando de esas modalidades de la política, pero urgidos a recomponer la brecha entre “la política” y “lo político” para poner en movimiento la rueda de una historia que parecía paralizada, los jóvenes del post-2001 (entrevistados por mí en el 2005) salen al mundo social habiendo sido testigos del gran acontecimiento contrademocrático del “argentino”, pero con el reto de reinventar la Argentina para salir de la crisis. Allí nos enfrentamos a dos posibilidades totalmente distintas: la de refundar la nación en términos míticos, románticos (el resucitado “destino común”, en la variante de la condena conjurada por inversión, *a lo* Duhalde) o la de reconstruir el país en términos políticos (vale decir: como proyecto histórico de un *no-sotros* ampliado). La diversidad de posiciones ideológicas y apreciaciones personales respecto de cuál de estos caminos hemos tomado en los años que siguieron, ha dado lugar a intensos debates, pero que en sí mismos testimonian un hecho irrefutable: la creciente politización de la sociedad.

En ese trayecto, la noción de generación cobra relieve, si bien proviene del primer tercio del siglo XX —curiosamente cuando la idea de *continguum* histórico y de proceso entraba en crisis—, con lo que podría guardar relación con la militarización de las naciones y las guerras mundiales. En adelante, Feixa plantea que la historia del siglo XX “puede verse como la sucesión de diferentes generaciones de jóvenes, que irrumpen en la escena pública para ser protagonistas en la reforma, la revolución, la guerra,

la paz, el rock, el amor, las drogas, la globalización o la antiglobalización” (Feixa, 2006: 17). De modo que se presenta a la generación como una noción cultural ligada a una experiencia de época, a una situación vivida. Vommaro nos dice que además “en un mismo tiempo histórico también puede haber múltiples formas de establecer relaciones y conexiones entre los individuos, esto es, diferentes unidades generacionales” (Vommaro, P., 2013: 7), y mirando nuestra historia, me atrevo a decir que en los últimos 14 años se ha parido a tres unidades generacionales distintas: la de los hijos de la democracia, la de los “hijos del argentinazo” y la tercera, donde se antagonizan las filiaciones entre los “hijos de la década ganada” y los “hijos del conflicto del campo”.

A los primeros, los hijos de la democracia, los caractericé como “jóvenes de escarapelas tomar”<sup>9</sup> (Kriger, 2010), porque portaban un ideal cívico y una identidad nacional propia del registro escolar tradicional, donde la política era disolvente y ajena a la noción de patria (Romero et al, 2004). Son los nacidos en plena desilusión democrática, escolarizados entre los 90 y los primeros años del nuevo milenio, que fueron testigos del “argentinazo” en plena adolescencia (su singular ritual de iniciación y salida al mundo social<sup>10</sup>). Las otras dos unidades generacionales son las escolarizadas casi totalmente en la Argentina del “post-2001”. La segunda es la de los “hijos del argentinazo”, es decir, los que hicieron del estallido popular su hito fundacional y cuya actuación pública central se configura entre el 2005 y el 2010, en la etapa más activa de reconstrucción y crecimiento del país. Podríamos llamarlos “jóvenes de territorios tomar”, por las modalidades de sus reclamos y acciones colectivas, tanto en el movimiento estudiantil con “estudiantazos”, cortes de calle y tomas de escuela, como en los movimientos sociales con piquetes y tomas de tierra. La tercera unidad generacional se superpone en gran medida a la anterior en su tiempo vital, pero su marca de identidad se vincula con la conflictividad agonista que asume la dinámica política de la etapa de consolidación crítica de la Argentina, que no casualmente es también la de la “consagración de la juventud” (Vázquez, 2013) por parte de los adultos. La caracterizo como “jóvenes de banderas tomar”, en el sentido de que asumen posiciones ideológicas y partidarias distintas y en pugna, pero en un tablero común, distribuyéndose en un espectro amplio. Este va desde los que se llaman

---

9. Aludo al título del libro donde publiqué el resultado de la investigación realizada entre el 2005-7 (Kriger, 2010).

10. He trabajado sobre las narrativas de “el 2001” de estos jóvenes y propuse que no solo es un hito generacional, sino que para muchos aparece como una epifanía, como la repentina revelación de una verdad que da un nuevo sentido a su vida, y que marca un antes y un después en su biografía.

a sí mismos “hijos de la década ganada”, asumiéndose –con las propias palabras de Cristina– como herederos y custodios del kirchnerismo; a los que del otro lado conforman una naciente juventud de centro derecha (que nutre al PRO y al Frente Cambiemos), que contraponen un proyecto neoliberal sazonado con el moralismo de la “buena voluntad política” (Kriger y Dukuen, 2014) al proyecto nacional y popular del oficialismo; pasando por las juventudes de izquierda, que siguen reivindicándose como “hijos del argentinazo” contra el sistema.

En suma: vemos que los activismos juveniles se desplazan desde el ámbito de “lo político” y también de “lo antipolítico” y/o de lo contra-democrático, hacia “la política”, apropiándose de ella, resignificándola y dotándola de una nueva legitimidad en las distintas clases sociales. Destaco especialmente el movimiento desde lo antipolítico y su conversión a “la política” en estos años, no solo por su novedad sino también por su volumen, dado que en este grupo ubicamos a la gran mayoría de esta población (según algunos datos, al 2014 solo alrededor de un 20% de los jóvenes participaba en alguna instancia social o política estudiantil, incluida, y menos de un 10% en partidos políticos y movimientos sociales o territoriales<sup>11</sup>). En relación con ellos, es posible repensar hoy las marchas de Blumberg por “la seguridad”<sup>12</sup> (en el 2004 casi 300.000 personas asistieron a la marcha convocada por él en memoria de su hijo Axel, muerto en un secuestro) como un antecedente que brinda un sustrato vivencial

---

11. Tomo como referencia los datos de la Primer Encuesta Nacional de Juventudes (INDEC/2014) y mis propias investigaciones realizadas entre el 2011 y el 2015, de las que más adelante brindo porcentajes.

12. Blumberg fue un personaje emblemático que ingresó a la escena pública a partir del secuestro y la muerte de su hijo Axel en el año 2002, canalizando en su reclamo por justicia y seguridad una demanda presente en gran parte de la ciudadanía, sobre todo en Buenos Aires. En el 2004 su presencia en el mundo político se ha vuelto tan clave como polémica. En la investigación realizada entre el 2005-7 (véase Kriger, 2010), encontré que en general, los jóvenes expresaban los términos más salientes de la misma como una disyuntiva: la validación del padre que lucha por la memoria y la justicia o la crítica al padre que utiliza la muerte de su hijo para ingresar a la política. Esto a su vez, era una muestra de la fuerte contraposición entre la representación de la ciudadanía y la política, y su desarticulación en términos morales: suponía que “hacer política” era interesado y espurio, mientras que “construir ciudadanía” era desinteresado y legítimo, pero ambas eran en todo caso inconciliables, pertenecientes a dos mundos diferentes. De modo tal que la desgracia de las víctimas no podía para mis entrevistados, canalizarse políticamente sino ciudadanamente, lejos del poder. Esta disyuntiva adquirió una particular intensidad en este caso, dado que Blumberg era un empresario, ligado por pertenencia de clase a “los de arriba” y al espectro derechista de la política, pero asociado a “los de abajo” en tanto víctima que desafiaba al Estado y al gobierno.

importante a muchos de los que en este período, a un ritmo vertiginoso, se sumaron a la centro derecha.

En el plano estudiantil, los jóvenes de esta generación son los que piden techos y paredes, porque el piso ya está asegurado, a diferencia de las anteriores. Son los que poseen una visión constructiva de la política aunque no de los políticos; los que toman conciencia de la importancia de poner presencia en partidos y territorios, y se sienten potentes protagonistas a futuro de un país que –más allá de las diferencias partidarias en el registro discursivo– se siente ya por fuera y muy lejos de la crisis, por los menos de esa crisis que Néstor Kirchner llamó “salida del infierno”. Sus miembros crecieron con el afianzamiento de la gobernabilidad democrática, precisamente en y a través de la conflictividad creciente de una política provocadora y que invita al antagonismo. Asistieron a la derogación de las leyes de Obediencia Debida e Indulto, del “juicio y castigo” en cárceles comunes para los genocidas de la dictadura (asesinos de otros jóvenes), y a la polarización de la sociedad en la calle y en la mesa. Fueron destinatarios de la rehabilitación de una promesa pedagógica que había sido devaluada en la crisis a mera “esperanza” (Saintout, 2006) y que prontamente se transformó en un derecho ganado, y –finalmente– sujetos de una interpelación directa a la juventud desde las políticas de Estado (entre ellas, la ampliación del voto a los 16 años de edad) y desde la clase política, incluida la oposición al gobierno. Son también los que, en el plano individual, manifiestan en todos los sectores sociales su preocupación creciente y central por la llamada “inseguridad” (Kriger y Daiban, 2015), una problemática social que expresa menos el crecimiento objetivo de la criminalidad que de una subjetividad social cimentada en el miedo a “el otro”, como efecto de la polarización política y social.

En resumen: estamos ante un panorama de cambios sustanciales, donde notamos un creciente aumento de la participación general de la sociedad que dota de una especial visibilidad a los jóvenes como ciudadanos políticos y actores plurales en la escena pública, aún cuando la participación activa y directa en instancias partidarias sigue siendo minoritaria. Lo cual, contra todas las previsiones que se habían hecho en el fin de siglo, se acondiciona en un panorama global que se avizora para muchos, por su conflictividad, como un nuevo ciclo de movilización y radicalización juvenil (Seoane & Taddei, 2002), y respecto del cual puntualiza Vommaro:

“En las primeras décadas del siglo XXI se han producido en diversas regiones del mundo (África del Norte, América Latina, Europa, América del Norte) procesos de movilización social que tienen a los jóvenes como sus principales protagonistas. Los movimientos de carácter más sociopolítico como los de la denominada “primavera árabe” que contribuyeron a la caída de distintos

gobiernos en África del Norte, los múltiples colectivos que se agrupan bajo la denominación de “indignados” en Europa (sobre todo en España) y América del Norte, y las organizaciones estudiantiles que luchan por la democratización y la mejora de la calidad de una educación mercantilizada y degradada en América Latina (Chile, Colombia, México), América del Norte y algunos países de Europa, han sido las más visibles en este aspecto, pero no son las únicas” (Vommaro, P., 2015:13)

La convergencia de todos estos procesos en los más diversos contextos ha sido reconocida y ha abierto un intenso debate público y académico en plena vigencia aún, donde se dirimen interpretaciones que van de la cauta propuesta de “encantamiento de lo público” (Aguilera, 2011) al crítico señalamiento de una “consagración de la juventud” (Vázquez, 2013), pero que en todos sus matices muestra cuán necesario es comprender este fenómeno, que desde mi perspectiva llega a ser propiamente una nueva invención histórica de la juventud (Kriger, 2014a).



## 2. *Dinámicas de la politización juvenil*

“No hay nada más incorrecto que suponer –como presume acríticamente la mayoría de los teóricos de las generaciones– que la juventud sea en sí misma progresista y la vejez en sí misma conservadora”.

Mannheim, 1993 (1928)

### **Contra la mirada adultocéntrica: ¿despolitización, repolitización o politización en otra clave?**

Se suele decir que estamos frente a una juventud *repolitizada*, expresión que cuestiono, en primer lugar, porque alude a una categoría reificada: *la* juventud (singular, única); y porque el “re” no aplica a esta/cada juventud, a estos/cada uno de los jóvenes que por primera vez lo son y por primera vez se politizan. Particularmente en Argentina, ello denota el peso auto-referencial que puede adquirir la memoria generacional de los 70, que en su anhelo de reivindicar a aquellos jóvenes sometidos a la violencia de Estado tiende a forzar las continuidades con los del presente, pasando por alto que estamos ante experiencias históricas y generaciones diferentes. Para evitar estos errores de perspectiva, recomendamos atender a los siguientes puntos: desactivar la mirada adultocéntrica; plantear múltiples ejes para el abordaje de la juventud en plural, por fuera del mito de su homogeneidad; escuchar las voces de los jóvenes y reconocer sus resistencias y acciones más allá de los marcos formales y en expresiones micro-políticas; detectar nuevos modos de participación y subjetivación política juvenil; evitar interpelar moralmente a esta juventud con mandatos ligados a la experiencia y normativización de los rasgos de otras juventudes, en particular con aquellas cuya relación con la política suele idealizarse; y, finalmente, integrar la conflictiva tensión

entre *la política y lo político* como una relación en que *lo social* mismo se des-instituye y se instituye permanentemente.

En todo caso, la idea de repolitización sí podría aplicarse a la sociedad de un modo integral, en tanto cuerpo colectivo- histórico- vivo- inter-generacional, que se reconcilia con la política tras casi dos décadas de distanciamiento ciudadano. En segundo lugar, porque tanto la idea de la despolitización de los 90, como la de repolitización actual, portan sesgos que merecen ser revisados, en el sentido de que ninguna de ella existe en forma absoluta ni como punto de llegada, sino como tendencia, o mejor aún como matiz o grado de *la politización* entendida como un proceso psicosocial complejo y dinámico, de múltiples dimensiones (creencias, valoraciones emocionales, disposiciones, prácticas, experiencias, etc.).

Entonces, si hoy una nueva generación de jóvenes se está politizando, lo hace en una clave –en verdad en múltiples, porque la juventud es plural– que aún no conocemos del todo y que no se ha terminado de desplegar. Sería erróneo admitir la posibilidad misma de un punto de llegada estático como *la despolitización* (en los 90 como en cualquier otra época), en lugar de indagar los tipos e intensidades de politización vigentes en cada situación y grupo (no olvidemos la heterogeneidad de las sociedades). Porque además de la hipotética apatía postulada por el discurso hegemónico, a finales del siglo XX se gestaron diversos modos de activismo en las sociedades a nivel global, con especial clivaje en los jóvenes (los movimientos sociales y los activismos contrademocráticos son sus principales exponentes). Aunque no hayan sido tan masivos ni tan visibles (aquí juega un rol decisivo el efecto de los regímenes sociales de visibilidad<sup>13</sup>) algunos resultaron lo suficientemente potentes como para marcar las modalidades políticas juveniles posteriores y hasta el presente, en todo el espectro político (como ejemplo de ello: el asambleísmo, el piquete y el cacerolazo).

Recordemos que no estamos hablando ahora de quienes en el 2005 tenían entre 17 y 20 años, sino los que en los 90 tenían esa edad o similar, si bien la mayor parte de esos jóvenes tomó distancia de la política formal y tradicional, desplazando sus prácticas hacia el terreno de las culturas alternativas y/o las contraculturas (véase para ampliar este punto: Cháves, 2005; Reguillo, 2000 y 2004; Saintout, 2006). Otros sí entablaron disputas directas contra el poder en sus espacios, como las que con un fuerte ancla en lo popular dieron identidad a los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD), organizaciones piqueteras, organizaciones sociales

---

13. Traspongo el concepto de “regímenes sociales de la memoria” propuesto por Vezzetti (2007) para indagar estos dinámicos procesos de construcción de sentido social.

y territoriales, etc. (ampliar en: Vázquez y Vommaro, 2008). Una forma emblemática de resistencia de los 90 fue la del “escrache” a los genocidas promovido por la Asociación H.I.J.O.S., una puesta en forma de justicia popular frente a la impunidad política y la clausura de justicia expresada en las leyes de olvido de los crímenes de la dictadura. Al respecto, decía Florencia Gemetro, militante de ese grupo:

“Si el sentido del escrache no es conseguir justicia popular, corre el peligro de desvanecerse en el vaciamiento político: no queda nada después, porque no hubo toma de conciencia ni organización. Por otra parte, el escrache no está a favor de la apoliticidad, sino todo lo contrario: es político y se reivindica como tal. La lucha por conseguir la justicia o por desterrar la impunidad es política<sup>14</sup>”.

Para ilustrar como en un pantallazo estas distintas modalidades y luchas, traigo las palabras de una protagonista, Aymara Bares, que hace un pasional manifiesto en defensa de su generación y nos invita “recordar para comprender”:

“Los jóvenes de los 90 salimos a las calles ante el asesinato de Carrasco y pedimos por el cierre de la obligatoriedad de la colimba. Los jóvenes de los 90 nos organizamos en centros y coordinadoras de estudiantes para impedir la imposición de la Ley Federal de Educación, tomando en numerosas oportunidades las escuelas. También reclamamos por el medio boleto estudiantil y recordamos cada 16 de septiembre a nuestros compañeros desaparecidos. Los jóvenes de los 90 tomamos las facultades para expresarnos en contra del cambio de plan de estudios que proponía una baja en la calidad educativa en la formación de grado en pos del negocio de los postgrados que proponían especializar las formaciones profesionales taylorísticamente. Los jóvenes de los 90 defendimos la universidad pública y gratuita y propusimos debatir la idea de lo público: fuimos a los conflictos de los trabajadores, cortamos calles y rutas, militamos en los barrios y comenzamos las pasantías con los movimientos campesinos. Los jóvenes de los 90 les propusimos a todos estos actores que la universidad era también un lugar en el que ellos pudieran proponer y debatir. Los jóvenes de los 90 intentamos generar emprendimientos laborales en los que militancia y profesión de articularan, creamos medios alternativos que contrastaran la lógica de los medios masivos. Los jóvenes de los 90 salimos a hacer happenings retomando la creatividad de los 70. Los jóvenes de los 90 llegamos al 2001 con compañeros asesinados por un gobierno inepto. Los jóvenes de los 90 no creíamos en la política formal, porque la política formal había traicionado la democracia. Los jóvenes de los 90 reinventamos otras formas de hacer política con militantes históricos que sobrevivieron a la dictadura y que supieron transmitirnos el no bajar los brazos, como las Madres

---

14. Citada en la nota de Roque Casciero: “La revolución del sabemos lo que hicieron”, en Suplemento NO, Diario *Página 12*, 23 de marzo del 2002.

y Abuelas, que siempre estuvieron. Los jóvenes de los 90 perdimos muchas batallas, pero también tuvimos logros. Discutimos en asambleas, formamos parte de los clubes de trueque, estuvimos en la recuperación de fábricas y con los movimientos de trabajadores desocupados. Vimos estupefactos como asesinaron a Darío y Maxi y como montaron un circo que por suerte pudo desarmarse. Y luego vinieron otras cosas y cambios de rumbos. Pero creo que es necesario recordar para entender. Este es mi punto de vista, que no hayamos sido mayoría no quiere decir que no haya habido efectos y construcciones de sentido...<sup>15</sup>

Contundente testimonio, que podemos rematar con la afirmación de la historiadora Valeria Manzano, para quien,

“mirados desde hoy, los diagnósticos sobre la apatía juvenil se presentan no tanto como incorrectos, sino como materiales culturales y políticos atados a su propio presente. Con el correr de las primeras décadas del siglo XXI, las imágenes de la desmovilización y despolitización resultan anticuadas no solamente persistieron y se expandieron los múltiples colectivo anclado en prácticas culturales sino que, al menos en Argentina y Chile, los y las jóvenes nutren dos de los espacios claves que de manera interrelacionada organizaron históricamente a la politización juvenil, a saber: el movimiento estudiantil y los partidos, especialmente la izquierda” (Manzano, 2015: 2)

## “Lo político” y “la política”: la dupla que hace historia

Lo que suele llamarse antipolítico “no es lo contrario de la política, sino simplemente su imagen invertida: una manera de hacer política contraponiéndose exactamente a ella” (Espósito ([1988] 2006:12). Se encuadra también en el concepto de “contrademocrático”, por su potente carga de politicidad dirigida contra la política instituida. En este punto es fundamental distinguir entre “lo político” y “la política”, ya que en gran medida lo que sucede en los 90 tiene que ver con el distanciamiento entre ellos, que expresa la brecha entre una ciudadanía muy activa y resistente de modos heterogéneos en todo el arco ideológico y la clase política o la *real-política*. Mientras que “lo político” designa a: “un momento de ruptura y renovación del orden social, de radical contingencia, donde se muestran las alternativas posibles y desaparece cualquier interpretación de necesidad histórica, que no necesariamente se tiene que expresar en procesos revolucionarios o grandes cambios sociales, sino también en hechos de carácter menos

15. Aymara Bares, alumna participante del foro de la clase 1 de curso de posgrado: “Juventudes en Argentina y América Latina: Culturas e identidades del siglo XX al XXI”. Dir. Miriam Kriger. Centro REDES (<http://cursos.centroredes.org.ar/>) Buenos Aires, septiembre del 2015.

radical” (Muñoz, 2004: 23); “la política” es: “el lugar donde se ha normalizado lo político, es decir: el espacio donde se recrean los intercambios institucionalizados del conflicto, donde se oculta la contingencia radical del orden y se tratan de domesticar las diferencias” (op.cit).

Como podemos apreciar desde este enfoque, “lo político” y “la política” son momentos de una misma dinámica histórica: uno destituye lo instituido, luego la otra instituye, etc. Son relacionales y se necesitan entre sí: porque si “la política” es el mundo de la historia, es también la plataforma desde la cual irrumpe “lo político”, que es la contingencia y también la creatividad, la resignificación de lo previo de la que aflorará un nuevo mundo común a instituirse (y luego el ciclo volverá a empezar...). Por todo esto, la escisión entre “lo político” y “la política” que comenzó a zanjarse en los 90 y alcanzó su clímax en el 2001 fue sintomática de una crisis integral de la política, vale decir: entendida como dinámica histórica que contiene a ambas dimensiones. Cuando la nación –proyectada, imaginada y “enseñada” (Ruiz Silva, 2011)– y el Estado –actualizado en la experiencia cotidiana como “nación vivida” (Ruiz Silva, op.cit.)– se distancian, la política” pierde legitimidad y también carnadura. Entonces suele decirse que estamos frente a una sociedad “despolitizada”, donde “lo político” y “la política”, la ciudadanía y la clase política, se divorcian, produciéndose una crisis de representación; y viceversa, cuando se articulan, decimos que “la política” recobra sentido y vitalidad, la sociedad se politiza y la democracia se reinstituye.

Es importante aclarar que las comillas están aquí para recordar que estamos hablando de “la política” en un sentido restringido y, además, dándole un lugar clave y organizador al Estado. Como se dijo más arriba, entendida como un momento que participa de una misma dinámica histórica con “lo político”, representando la normalización, la institucionalización, *la historia*, frente a la ruptura y renovación del orden social, *la contingencia*. De modo tal que cuando decimos “sociedad despolitizada” no estamos diciendo carente de politicidad, sino de institucionalidad, de estatalidad; en rigor aludiendo más a una crisis de la democracia de tipo republicana que de la política en sentido amplio (y sin comillas). Cualquier revolución, resistencia o incluso la “contrademocracia” propuesta por Rosanvallon (2007), serían ejemplos de lo que aquí llamamos “despolitización”. Pero precisamente allí es donde la política en un sentido amplio y sin comillas empieza, y de hecho todo el pensamiento crítico de los siglos XIX y gran parte del XX se ubica en el espectro contra-estatal.

Sin entrar en profundidad en este tema, pero sin omitir la controversialidad que lo atraviesa, quiero retomar como antecedente el planteo de

Balandier (1967) en torno al “problema del Estado”, realizado bastante antes de que el cambio del siglo y la dura lección del neoliberalismo invitaran a reconciliarnos, apropiarnos y reinventar el Estado, tras la experiencia feroz de su prescindencia. A partir de sus conocimientos sobre las sociedades de África Negra, el autor propone la necesidad de separar la teoría política de la teoría del Estado, porque: “todas las sociedades humanas producen lo político y están abiertas a las vicisitudes de la historia” (Balandier, 1967/2005: 68). Lo cual lleva a Grüner a introducir su “Antropología política”, cuarenta años más tarde y con renovada vigencia, como una “apuesta por una antropología de *Lo Político*” (Grüner en el prólogo a Balandier, [1967]2005:7). En otra línea, pero convergiendo en muchos interrogantes y como tensando al extremo la propuesta de Balandier, desde la filosofía política italiana Espósito ([1988]2006) propone las “categorías de lo impolítico”, que serían lo contrario de la antipolítica. Resulta entonces que para este autor la “despolitización” viene a designar a la propia política moderna, que es la que aquí venimos llamando “la política” (entre comillas). Dicho esto, queda clara la necesidad de seguir problematizando estas nociones y conceptos (siempre en construcción y ahora más aún), y de explicitar que el uso y los sentidos que les damos en el marco de este trabajo son conjeturales, acotados y situados

En cuanto a la politización juvenil de la última década, aún no suficientemente estudiada y además en curso, su heterogeneidad y sobre todo sus formas de realización no tienen antecedentes en experiencias generacionales previas. Y esto, más allá de que cada una de ellas sea siempre singular, creo que es porque estamos en una época de transformaciones de la condición humana que se insinúan como antropológicas. En esta línea, la politización es inédita en cuanto a la escala temporal y espacial en que se va produciendo, en su relación con la naturaleza y la historia, y en sus modalidades de experiencia –de ausencia y presencia, de ocurrencia y concurrencia– en tiempo real, ligadas en gran medida a las nuevas tecnologías de comunicación e información social.

En un aspecto, lo anterior se apoya en una subjetivación política fuertemente imbricada con procesos complejos planetarios caracterizados por la generación veloz y casi instantánea de lazos y redes comunitarias, circulación de mensajes y capacidad de convocar y generar acontecimientos que se propagan aceleradamente de los foros cibernéticos virtuales a las plazas públicas reales (por ejemplo: desde Egipto a Madrid, a Barcelona, a Nueva York). En otro aspecto, es una politización que en diversos ámbitos y regiones, suele recuperar e idealizar sentidos tradicionales, tal como identidades nacionales, locales y vernáculas, reacondicionándolos en una épica de la refundación que suele venir “desde abajo” pero también

viajar “hacia adentro” de los territorios, *aggiornando* narrativas y tramas generacionales desgarradas, asumiendo como propias pero en nuevas claves los viejos legados históricos. Si bien se trata de aspectos diferentes y que podrían referir a imaginarios antagónicos –globalización/imperialismo, universalismo/particularismo, progresismo/ tradicionalismo, etc.–, lo interesante es que se integran en lógicas duales que pueden (y suelen) co-existir en un mismo sujeto, como los tantos mundos e identidades que cotidianamente habita y transita, que porta en su cuerpo y biografía, que construye y que lo construyen a él. Aquí es donde nos viene bien echar mano de lo que Winneburg (1999) denomina “pensar históricamente” y que considero una condición ineludible del pensamiento político (ampliar en Kriger, 2010). Se trata de la capacidad de superar el pensamiento dicotómico y “navegar” entre los polos: lo familiar y lo extraño, lo propio y lo ajeno, lo próximo y lo lejano, conjugando la necesidad de pertenencia con la de ampliación de horizontes que caracterizan a la condición humana (de la endogamia a la exogamia)

En esta línea propongo que pensemos la política en las sociedades democráticas modernas como una dimensión del “proyecto común” al que cada generación se va sumando: un proyecto que tiene un antes y un después de cada uno de sus miembros, un “pasado común” y un futuro también imaginado como tal. En ese sentido, la *despolitización* o *politización* de las sociedades refiere a grados y modos del proceso de *hacerse parte* y de convertirse de sujetos sociales en sujetos políticos. En el escenario contemporáneo esto nos enfrenta al reto de reinventar lo que desde la modernidad y bajo el nombre de “política”, designa a las más diversas prácticas realizadas por los hombres para construir/inventar *lo social*, conflictivamente, es decir: en proyectos colectivos donde siempre hay disputas y en una temporalidad que ya no es la de la naturaleza sino la de la historia. Rinesi (2009) lo dice de un modo muy bello:

“La forma en que nosotros pensamos la política empieza, justamente cuando la idea “antigua” sobre la naturaleza política del hombre (sobre el hombre, quiero decir, como un animal naturalmente político) es reemplazada por la idea “moderna” sobre su carácter agresivo y belicoso” (Rinesi, 2009: 14).

La política, entendida como herramienta cultural y no como condición biológica, como en la antigüedad (*zoon politikon*), no resuelve el desacuerdo/diferencias entre los hombres, sino que las transforma en interacción social, dándoles una materialidad dialógica a las luchas a través de las cuales el mundo no es meramente “hablado” sino propiamente construido, actualizado, permanentemente resignificado y negociado. La política, entonces, también como aquello en lo que se debe educar, para que los

ciudadanos puedan autocalificarse como agentes constructores del mundo y la historia (y no a la inversa, como tan a menudo nos han dicho: como sujetos contruidos por el mundo y la historia, que nos “asigna un lugar”).

Por eso, si bien todas las acciones que un sujeto social realiza tienen siempre implicancias políticas, eso no significa que las prácticas en sí mismas lo sean (aunque siempre sean portadoras de politicidad). Esto resulta aún más relevante en sociedades con altos niveles de desigualdad donde proliferan las ciudadanías deficitarias (Ruiz Silva, 2009), en las cuales los ciudadanos quedan en un estado de inclusión suspendida, reducidos al rol de electores o bien sin “voz” para los asuntos públicos. En este sentido, propongo que son sujetos políticos plenos quienes logran tomar conciencia de su densidad histórica y se autocalifican reflexivamente como tomadores de decisiones a futuro; es decir: siendo responsables de la dimensión política de sus acciones, aunque no puedan calcular ni controlar todas las consecuencias, resonancias o alcances de las mismas.

## **Jóvenes y política en el campo de estudios sobre juventud/es**

Interroguemos ahora el vínculo de los jóvenes con la política, justamente en momentos en que parece que asistimos a la resurrección de las naciones cuya muerte se había anunciado hace apenas un poco más de una década. En términos menos metafóricos, me refiero al pasaje de la desarticulación a la rearticulación crítica de los Estados nacionales entre el siglo XX y el siglo XXI, período que no casualmente coincide con el desarrollo de un campo de estudios específicos sobre juventud/es. Su impulso responde en gran medida a la preocupación por la supuesta apatía política y las mucho más reales dificultades de inclusión de los jóvenes en la “era de la desolación” (Scavino, 1999), especialmente en América Latina, donde el mayor despliegue se produjo a partir de los 90, precisamente como respuesta a dos grandes cuestiones.

En primer lugar, al distanciamiento de los jóvenes de “la política” real y formal como síntoma generalizado en la mayor parte de los países democráticos (también centrales), pero que en nuestro contexto regional portó rasgos específicos en relación con procesos de democratización post-dictatoriales sumamente vulnerables. En este marco, la interpelación a los jóvenes cobró sobre todo una impronta moral, expresándose como un reclamo por su falta de participación que muestra ante todo la normalización de lo juvenil, fundada en el anquilosamiento de ciertos rasgos de la generación revolucionaria de los 60 y 70 (justamente tan extraordinaria histó-

ricamente, que fue perseguida, castigada, aniquilada), y a la vez, dando lugar a una naturalización del carácter político de los jóvenes. La segunda cuestión refiere nuevamente a las dificultades para la inclusión social y laboral de los jóvenes, también presentes a nivel planetario desde el último tercio del siglo XX, pero agravado en las sociedades donde los efectos de la implementación de políticas neoliberales adquirió un carácter excluyente (Svampa, 2006). Los dos puntos están ligados entre sí y convergen en un proceso de desestructuración del Estado-Nación (Milstein, 2009) que en la Argentina alcanzó su punto cúlmine en el estallido de diciembre del 2001. Lo que se planteó entonces como debilitamiento del Estado, hoy se relativiza, teniendo en cuenta que fue el propio Estado quien gestionó y administró el paso de su forma histórica a la forma del “Estado técnico-administrativo” (Lewkowicz, 2002)<sup>16</sup>. Por lo cual más que de debilitamiento deberíamos hablar de una fuerte política de conversión y vaciamiento del Estado en desmedro del bien público, que hizo que la idea de la juventud como “moratoria social” (Margulis, 1996) quedara suspendida (incluso para las clases medias).

Esas razones contribuyeron a que hasta hace menos de una década gran parte de los estudios de este campo pusieran el foco en la imposibilidad, la obturación, la negatividad de su vínculo con la sociedad y con la política. Sin embargo, ello habla también de la primacía de una mirada negativa y de las dificultades de muchas investigaciones para detectar, mirar y “leer” a una juventud que ya no portaba (y hasta desdecía) los rasgos de la generación previa, nacida en el seno del Estado de Bienestar (que en la Argentina tuvo su correlato en el primer peronismo) y movida por la pasión política de los primeros movimientos estudiantiles masivos contra ese mismo *establishment*. A diferencia de ella, la de los jóvenes escolarizados en los 90’, en el peor momento del sistema educativo (o en lo que podríamos

---

16. El concepto de “Estado técnico administrativo” fue acuñado por Lewkowicz (2002) en Argentina para analizar una situación —el cacerolazo del 2001— que acondicionó de un modo particularmente conflictivo la tensión entre lo global y lo local, lo estatal y lo nacional, y cuya interpretación instó al autor a redefinir las propias categorías e instrumentos de pensamiento disponibles. En contraposición al Estado-Nación, este concepto se define en su condición destituyente de la herencia estatal nacional y de las subjetividades instituidas, planteando la emergencia de una “subjetivación post-estatal”. Así, el Estado técnico administrativo es aquel que no está fundado en la contradicción de clase sino que es “operador de la tensión heterogénea entre el orden financiero o el flujo financiero, y el lazo social” (op. cit.: 193); que “ya no puede decidir la excepción sino que está condenado a operar en la excepción (...), no decide políticas sino que administra lo fatal, lo inevitable (...), no tiene que suturar un desgarrero sino tejer algo en lo múltiplemente desamarrado”(Lewkowicz, 2002: 186).

llamar el Estado de Malestar), se caracterizó por la apatía y el rechazo de la política, pero –insisto– en sus expresiones formales e instituidas.

Esta problemática, solió interpretarse en relación con los jóvenes en particular como una amenaza potencial a la continuidad intergeneracional y a la vigencia sustancial de las democracias en el futuro; acaso como efecto de una visión metonímica de la juventud –como la llama Feixas (2006)– que le atribuye como exclusivos valores que en verdad son propios de toda la sociedad. Tal preocupación pareció confirmarse en diversos estudios, como los de Coleman y Hendry (2003) y Hahn (2006), que fueron realizados en países centrales con tradiciones democráticas instituidas (en EE.UU. y Europa) dentro de una línea comparativa internacional interesada en la formación política y con impronta psicológica-educativa. Coleman y Hendry informaron sobre el bajo interés de los jóvenes en instancias políticas tradicionales y en los partidos políticos, y Hahn (2006) mostró de un modo más amplio que en todos los casos estudiados –que en otros aspectos presentaban divergencias significativas entre sí– tanto la confianza en la política como la credibilidad de los políticos estaban fuertemente minadas por representaciones negativas, preponderantemente asociadas a la idea de “corrupción” y “suciedad”. También en América Latina, un contexto regional muy diferente, variados estudios empíricos aportaron en este sentido hallazgos similares, tanto en universos muy amplios a escala regional como en contextos más acotados. Al historizar este campo notamos, en primer lugar, que el nacimiento de las propias culturas juveniles es previo, ya que data de mediados de siglo XX y adquiere una escala masiva y global en los 60, cuando “podemos hablar del surgimiento de una generación: “los jóvenes de la década del ’60 construyeron y compartieron una cultura diferenciada y hasta en fuerte oposición a la de sus padres y abuelos, caracterizada por un espíritu contestatario, libertario y vanguardista” (Carnovale, 2011: 2). Estoy distinguiendo, entonces, entre lo que sería la categorización social de los jóvenes dentro de la construcción de un campo académico-intelectual y su propia identificación como tales en la dinámica histórica. O sea: que el momento en que ese maravilloso objeto (también del deseo) llamado “juventud” pasó a ocupar un importante lugar en agendas sociales y políticas *ad hoc*, no fue por cierto el de su fundación como tal por los propios agentes, sino el de su invención tras la caída/aniquilamiento de los paradigmas revolucionarios (coronado con la del muro de Berlín y el fin del mundo bi-polar) y la preocupación adulta por ver amenazada la continuidad de su proyecto.

En suma: en algo así como un cuarto de siglo hemos asistido al pasaje del mundo nacional al posnacional, y más recientemente de ese mundo posnacional al “re-nacionalizado” (Kriger, 2012), trayecto en el cual “la ju-

ventud” habría estado a punto de perder y de “recuperar” la herencia y el proyecto, no sólo en el plano de cada nación sino del planeta, su ecología y recursos, en el entorno de una posible catástrofe climática global. Entonces, no solo la historia sino la naturaleza encarnan el conflicto de esta/s generación/es y del proyecto humanista mismo en que se gestó el “mundo de las naciones” (Hobsbawm, 1990). En este planteo, el uso de términos como “re-nacionalización” o “recuperación” no implica una celebración contra-epitáfica ni restitutiva del pasado, sino una revisión crítica de procesos recientes y presentes, que son un dato contextual a considerar porque intervienen crucialmente en la relación de los jóvenes con la política y de los itinerarios históricos que les dieron lugar. Ellos ocupan en este momento el centro de la escena, ya sea como depositarios o como creadores del proyecto, pero en todos los casos crecientemente interpelados como sujetos de la historia (que, por supuesto, no ha muerto sino que está muy viva).

Finalmente, y para evitar el sesgo metonímico que Feixa (2006) señala como tan común a nuestro campo de estudios, advertimos que tanto la polémica *despolitización* de los 90 en la segunda invención de la juventud, como la supuesta *politización* promocionada actualmente por la tercera<sup>17</sup>, podrían no ser rasgos exclusivos de los jóvenes sino atribuibles más integralmente a las sociedades en cada uno de esos momentos. De modo que la *despolitización* se puede asociar con la “crisis de la representación política” (Touraine, 1997) de las sociedades de fin de siglo, y la *politización* con la reposición post-crítica de los proyectos e instituciones estatales nacionales en la última década. Dicho esto, remarcamos la necesidad de investigaciones que permitan reconocer sentidos y prácticas específicas de los jóvenes al interior de estos procesos más amplios, e incluso singulares de estas nuevas generaciones.

---

17. Las tres invenciones de la juventud son trabajados en el capítulo 3 de este libro.



### 3. La dimensión histórica de la politización

Vamos a abordar la politización juvenil desde su dimensión histórica, aunque no quiero dejar de hacer referencia a su dimensión psicosocial, que es la de la *subjetivación política*. Ella refiere a procesos complejos y dinámicos de los que participan múltiples dimensiones psicológicas (representacional, cognitiva, afectiva, ético-moral, actitudinal, etc.) que al entramarse socialmente *hacen* sentido y experiencia, *hacen* sujetos, y *hacen* esa vida que *sí pueden vivir juntos* –respondiendo a Touraine<sup>18</sup>– como miembros de una sociedad.

Hablaremos ahora del encuentro entre dos procesos: el de la politización –en el cual los sujetos sociales devienen en sujetos políticos– y el de la construcción de la juventud como categoría social y como invención histórica en los Estados nacionales. Presentaremos diversas modalidades de *politización juvenil* en contextos y situaciones diferentes, pero siempre enmarcados en democracias modernas. Es decir: donde es constitutiva la relación con la Nación en el plano simbólico y con el Estado en el material, y donde además, el nivel de articulación histórica entre ellos es determinante.

Así planteada la cuestión, abrimos la noción de *política* para pensarla ahora como un eje de la relación dual que los sujetos-ciudadanos establecen por una parte, con el “proyecto común” *de la* Nación en tanto “comunidad imaginada” (Anderson, 1983) y, por la otra, con el Estado en tanto instancia presente en la cual se actualiza e instituye la existencia jurídica y la experiencia social de cada uno y entre sí. En suma: Nación y Estado designan, de manera simultánea e interrelacionada, sentidos, interlocutores y agentes de los procesos de subjetivación política. Comenzaremos entonces por una breve revisión de la génesis de las juventudes en los Estados nacionales y su relación con la política, con la idea de que es posible establecer un contrapunto histórico entre la invención hegemónica de la juventud llevada a cabo por los Estados nacionales (*desde arriba*) y la construcción de la juventud por los propios jóvenes como contestación no hegemónica y/o contra-hegemónica (*desde abajo*).

---

18. En referencia al título de su libro: “¿Podremos vivir juntos?” (1997)

Es importante aclarar que ni la *invención* ni la *construcción* son pensadas aquí como procesos autónomos, sino como parte de un mismo proceso, que es aquel en el cual la juventud deviene actor social y político en las naciones. Asimismo, no es que la etapa de la invención empieza cuando la de la construcción termina (ni viceversa), sino que –más al modo de una topología arqueológica– tienen un alto grado de yuxtaposición y de coexistencia, co-produciéndose en intercambios en los que a veces se acompañan y otras se confrontan con diverso grado de conflictividad, pero formando parte de una misma dinámica.

En suma: vamos a historizar la politización juvenil, para lo cual hemos decidido adoptar una perspectiva gramsciana, donde la noción de hegemonía resulta útil para caracterizar una dinámica en la que las fuerzas y los equilibrios nunca dejan de ordenarse y donde se alude al su concepción ampliada del Estado<sup>19</sup>. Ésta va más allá de su definición jurídico-política e incluye lo que Marx llama “medios de producción ideológica”, y –atención porque ésta es la clave– a la propia sociedad civil, que podría (y debería, en el mejor de los casos) absorberlo (al Estado). Desde este enfoque, podemos concebir la politización de las sociedades democráticas como un proceso que tiende a una mayor articulación genuina –vale decir: por efecto de representación y no de dominación– entre el Estado y la sociedad civil, entre “la política” y “lo político”, entre *lo de arriba* y *lo de abajo*, y –tras la globalización– entre el Estado y la Nación. De todos modos, se trata solo de una orientación interpretativa, ya que el Estado mismo y el pensamiento teórico sobre él, han ido cambiando a lo largo del recorrido histórico que propongo. De comienzos del siglo XX a la actualidad –un extenso período que hoy parece encapsular dentro de sí el trecho que Hobsbawm definiera como “el corto siglo XX”, entre el estallido de la primera guerra mundial y el derrumbe de la URSS (1914-1991)– vimos transformarse al “Estado” en muy diversas modalidades: liberal, conservador, democrático, totalitario, revolucionario, socialista, benefactor, neoliberal, inclusivo, etc. (sin olvidar la ubicua dimensión que Agamben (2003) denomina “estado de excepción”).

En nuestro itinerario, pasamos de la articulación entre Estado y Nación, en la que se fundó el “Estado histórico” en el siglo XIX a la desarticulación de finales de siglo XX con el “Estado técnico administrativo” (Lewkowicz, 2002)<sup>20</sup> y luego a la rearticulación crítica en el XXI con la

19. Esta concepción se desarrolla en sus *Notas sobre Maquiavelo* (1972), acerca de las cuales se recomienda la lectura de los trabajos de Perry Anderson (1978)

20. En contraposición al Estado nación, este concepto se define en su condición destituyente de la herencia estatal nacional. El Estado técnico administrativo es aquel que no está fundado en la contradicción de clase sino que es “operador de la tensión heterogénea entre el orden financiero o el flujo financiero, y el lazo social” (op. cit.: 193); que “ya no puede decidir

re-edición singular del Estado Nacional en clave popular de la que venimos hablando. O sea que de modo esquemático podemos establecer tres momentos en este proceso:

- a) el del nacionalismo belicista o “auge del Estado Nación” de comienzos a mediados del siglo XX;
- b) el del Estado Nación debilitado por los procesos de globalización, con la anunciada muerte de las naciones y de la Historia en el último tercio del siglo XX, y
- c) el de la re-nacionalización de los proyectos comunes y la “resurrección” del Estado tras el estallido global del paradigma neoliberal, durante la primera década del nuevo milenio

### Las tres “invenciones” de la juventud en la trayectoria de los Estados nacionales

*La juventud* como momento pletórico de la vida humana (“divino tesoro”) es un clásico motivo universal, pero como sujeto colectivo con cierta visibilidad, reconocimiento y legitimidad social, es en cambio una categoría bastante más reciente y aún en construcción. Al respecto, Feixa precisa que si bien para la historiografía canónica su “invento” se remonta al principio de la era industrial, no se democratiza hasta alrededor del 1900. Pero luego adquiere tal potencia que “la historia del siglo XX puede verse como la sucesión de diferentes generaciones de jóvenes que irrumpen en la escena pública para ser protagonistas en la reforma, la revolución, la guerra, la paz, el rock, el amor, las drogas, la globalización o la antiglobalización” (Feixa, 2006: p.3). O sea: que la juventud sería un “invento” de la modernidad. Del mismo modo que *la infancia* y su “descubrimiento” (Ariès, 1987) resultaron cruciales en el origen de un proyecto civilizatorio y domesticador que, en el marco del Estado ilustrado, precisaba “hacer de los hombres ciudadanos” (Rousseau, 1762); posteriormente *la juventud* fue funcional al desarrollo del Estado nacional.

Propongo que a partir de entonces y hasta la actualidad se produjeron tres “invenciones” de la juventud, marcadas por su estrecha relación con el devenir histórico del “mundo de las naciones” (Hobsbawm, 1990): la que erige la figura de joven nacional, la que lo desinventa y coloca en su lugar

---

la excepción sino que está condenado a operar en la excepción (...), no decide políticas sino que administra lo fatal, lo inevitable (...), no tiene que suturar un desgarro sino tejer algo en lo múltiplemente desamarrado”(Lewkowicz, 2002: 186).

a la juventud globalizada, y la que la vuelve a fundar en clave re-nacional, como respuesta a las crisis globales del nuevo milenio.

La “primera invención” data de los comienzos del siglo XX (el cenit de los nacionalismos), con la interpelación de los Estados a la primera generación de ciudadanos que recibió una educación nacionalizante (Escudé, 1990), llena de estereotipos y rivalidades con otras naciones<sup>21</sup>: ¡Ir a la guerra! Esta primera invención se basa en la “organización desde el Estado” (Michaud, 1996) de una juventud nacional belicista, patriótica y masculina. A ella *contestan* en las décadas siguientes los jóvenes que se oponen al Estado y al *establishment*, en un movimiento que –a partir del No a la Guerra de Vietnam y con la consigna de “Paz y Amor”– se expande como una revolución juvenil de escala planetaria aunque con características propias en cada contexto. Así, mientras en los países centrales logra ser absorbida en gran medida por el mercado y la contra-cultura (pero no totalmente, por ejemplo en Europa encontramos fuertes movimientos revolucionarios ligados a viejas o profundas identidades nacionales, como IRA, ETA, etc.), en los países neo-coloniales y especialmente en nuestro continente toma una forma más radical, que integra las consignas de “amor y revolución” a la lucha armada, con sus particulares modalidades específicas y contra el imperialismo. Como fenómeno singular merece un análisis (que excede el presente trabajo) el particular encuentro que establecen con los populismos nacionales, como en el caso argentino<sup>22</sup>.

Una “segunda invención” de la juventud se gesta en la posguerra y toma forma en el último tercio del siglo XX, cuando –en pleno retroceso del Estado Benefactor y de los acuerdos de Bretton Woods hasta antes de la caída de la URSS y el fin del mundo bi-polar– se profundizan los procesos de globalización económica y política, con la expansión del capitalismo transnacional y el polémico “debilitamiento del Estado”, que paradójicamente es gestionado con fuerza (y prepotencia) por los propios Estados, cediendo su rol de organizador de las prácticas y sentidos sociales al mercado. En este contexto epocal, inaugurado con el anuncio del fin de la modernidad y sus “Grandes Relatos” (Lyotard, 1979) y que llega a plantear un “más allá del Estado nacional” (Habermas, 1997), se produ-

21. Esto particularmente entre naciones vecinas, como describen Vázquez & Gonzalbo Aizpuru: “Mientras en Francia se imponía el estudio de la historia nacional a lo largo de toda la educación con el objetivo de *generar el sentido de veneración por la patria*, los textos alemanes definían a esa nación como ‘*una tierra enteramente rodeada de enemigos*’” (Vázquez y Gonzalbo Aizpuru; 1994: 3)

22. Al respecto hay amplia bibliografía. Se sugiere la lectura de *La voluntad*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, para una mirada polémica y testimonial, y de los trabajos de Marina Franco, Vera Carnovale y Claudia Hilb.

ce entonces esta nueva invención hegemónica, que integra dos rasgos aparentemente antagónicos. Por una parte invisibiliza a los jóvenes como sujetos de acción política, cuyas prácticas describe como “atomizadas y apáticas” (Kropff y Núñez, 2009), mientras que el imaginario del *No-future* se expande no solo como consigna de las culturas y “tribus” juveniles, como la *punk*, sino con las dificultades crecientes de los jóvenes para ser incluidos al sistema, en las democracias centrales y en la periferia neo-colonial (donde la exclusión se vuelve feroz). Por la otra, los convierte en objeto de un nuevo campo global de estudios<sup>23</sup>, con creciente impacto en las agendas académicas y mediáticas y que en menos de dos décadas marcará también la de las políticas públicas.

Ahora bien: esta ambigua invención en verdad viene a “des-inventar” tanto al joven ciudadano nacional como a la juventud política y revolucionaria de la etapa previa, para imponer una nueva figura de joven ciudadano global libre de anclajes identitarios, territoriales o históricos unívocos. Oponiéndose a esta mirada objetivadora y hegemónica, aparecen otras alternativas que ponen en foco, por el contrario, en las múltiples culturas y colectivos juveniles que también están emergiendo en ese momento, portando nuevos signos de lo político desde una comprensión más compleja del poder y la hegemonía. “Estrategias del desencanto” (Reguillo, 2000) o “resistencias micropolíticas” (Blase, 1999) son los nombres que reciben estas prácticas, que en América Latina se enmarcan en el clima de desilusión por los endeble procesos de democratización regional (que Eduardo Rinesi (1993) magistralmente tituló como “Seducidos y abandonados”). Asimismo, también es preciso recordar que sí hubo prácticas con intención y formas propiamente políticas, como las que se produjeron en el entorno de los movimientos sociales (Feixa, 2000; Zibechi, 2003) y de los activismos juveniles populares y territoriales (Vázquez y Vommaro, 2008).

Si bien la reacción contrahegemónica de los jóvenes a esta invención se produce enseguida y se expresa en las resistencias y prácticas mencionadas, la juventud como sujeto social activo sólo recobra visibilidad pública a comienzos del nuevo milenio, como una figura más, reaparecida con la *resurrección* de todos los muertos anunciados con bombos y platillos a finales del siglo XX. El mismo 2001 viene signado con el retorno fatal de los nacionalismos a nivel global, nada menos que con el hito del 11S que endurece las fronteras y engrosa los presupuestos de seguridad de las naciones más fuertes en un escenario geopolítico que se reconfigura

---

23. Para un estado de la cuestión sobre el nacimiento del campo de estudios sobre juventud, véase a nivel internacional: Hahn, 2006, para América Latina: Alvarado y Vommaro, 2010; Chaves, 2009; Rodríguez y Dabiez, 1990)

sólidamente (¡En plena “modernidad líquida”!). Paulatinamente, se agota la imagen del mundo “integrado” y en la capacidad de regulación social del mercado, y a medida que en los diferentes países colapsa el modelo neoliberal –en 2001 en Argentina, más tarde en Chile y Colombia, y hacia el 2008 en EEUU y Europa con la crisis financiera global– los jóvenes salen a las calles como protagonistas de la protesta social, en defensa de los proyectos/identidades nacionales y/o locales y de las soberanías estatales en el plano económico y político, contra la globalización.

Quizá por ello se puede observar que la organización de los jóvenes se dinamiza más allí donde mayor es el daño infringido por la crisis al Estado, con foco en el reclamo por educación pública y contra un ajuste que los excluye precisamente en el momento de la vida en que se espera que logren concretar su inclusión plena. En efecto: la demanda de “más Estado” es un denominador común de las luchas de las nuevas generaciones, enmarcadas en su ansia de ingresar al sistema (más que de transformarlo o derribarlo), con una impronta conservacionista (pero no propiamente conservadora) y el rechazo de toda forma de violencia activa. Estos rasgos, que diferencian a esta generación de la de los 60 y 70, los encontramos en general en los más variados contextos, e incluso –y esta es una gran novedad– en Oriente: nótese que la “primavera árabe” antecede al movimiento del M-15 en España al estallar la crisis internacional (aunque en América Latina sucedió antes).

Lo interesante es que en esta clave regida por la necesidad de reponer estructura –institucionalidad– a sociedades que habían quedado sin red, comienzan a gestarse modos de participación que poco a poco van a ir dotando de legitimidad a “la política” y llevándola al lado (y no contra) “lo político” (como en los contrademocráticos 90). Quiero remarcar el “poco a poco”, porque las transformaciones mencionadas distan mucho de haberse producido repentinamente: lo que se percibirá unos años más tarde como “la irrupción” de los jóvenes será en rigor la irrupción de su imagen en la mirada social, ligada en gran medida a la “tercera invención” de la juventud *desde arriba*. Pero la salida (o la entrada) de los jóvenes a lo público se acentúa a comienzos del siglo, coincidiendo con una renovación de la confianza en la política, que marca diferencia con otros tiempos, como lo expresa Mili (19, La Cámpora):

“Nuestra generación ha visto renacer la política, pero sin haber vivido la caída de esta en los 80 y principalmente los 90, cuando muchos perdieron su fe en la política”<sup>24</sup>.

24. Foro del curso: La investigación y la enseñanza de la Historia Reciente y los pasados en conflicto: perspectivas críticas y estrategias para el abordaje educativo (Dirección: M. Kriger/

De esta manera, al final de la década encontramos que incluso los ámbitos tradicionales mas rechazados hasta entonces, como los partidos políticos, van adquiriendo mayor legitimidad, que en el 2012 recibe además el empuje del “voto joven” e interpela a los jóvenes como ciudadanos políticos. Sin embargo, como dice Joaquín (19, Lobo Suelto-Marea Popular)<sup>25</sup>, eso solo puede suceder si hay una experiencia previa que le dé sentido:

“Ahora hay algo que es claro: luego de la crisis política del 2001, los espacios de militancia extra-electorales han crecido y los debates fueron creciendo cuantitativa y cualitativamente al margen de los debates electorales. Esto nos llevó a los militantes a contagiar nuestras posturas y a integrar a los jóvenes *desconfiados*” y no creo que esto sea labor del voto sino nuestra. Ahora, sin duda el voto ayuda, jaja”.

En este escenario comienza a producirse localmente lo que de modo global caractericé como una tercera invención hegemónica de la juventud en entornos nacionales democráticos. Si bien en la periferia y particularmente en América Latina, esta tercera invención no va en contra sino que se apoya en la construcción contra-hegemónica (contra la segunda invención) en clave identitaria, realizada por los propios jóvenes, es fundamental diferenciarla de ella para que sus prácticas previas y simultáneas, su heterogeneidad y su amplio arco ideológico no queden invisibilizadas ni reducidas o subsumidas en la nueva puesta en forma hegemónica, oficial y adulta. Eso implicaría ignorar aspectos claves de las luchas de poder en curso, de su conflictividad y de las diferencias significativas que tiene esta misma invención hegemónica en las distintas clases sociales y grupos. En particular, supone pasar por alto que precisamente en casi todos los países mencionados—incluidos los gobiernos latinoamericanos neo-populistas, que en su discurso y en la dirección de sus políticas han propiciado la inclusión de los jóvenes en general— la represión policial y las víctimas de la misma, así como los presos en las cárceles, no han disminuido sino aumentado sintomáticamente durante la última década, a la vez que se han focalizado en los jóvenes masculinos de las clases más bajas. Todo lo cual tiene un correlato en el itinerario discursivo, ya que “la inseguridad” se vuelve un tema de agenda, que en este período se desplaza desde la derecha al progresismo, con un *aggiornamento* de la amenaza social en promesa política: de “la inseguridad” a “la seguridad”.

---

coord.Marcelo Borelli), Centro REDES, Buenos Aires, julio del 2014 ([http://www.centroredes.org.ar/index.php?option=com\\_content&view=article&id=736&Itemid=49](http://www.centroredes.org.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=736&Itemid=49)).

25. Foro citado en nota al pie 24.

Ahora bien: ¿En qué consiste esta última invención, aún en curso? En la interpelación a los jóvenes como nuevos protagonistas y legitimadores del regreso del propio Estado –recordemos que el concepto de Estado excede al de gobierno e implica institucionalidad, historia, territorio, cultura, discurso social, etc.– a la escena política junto con el proyecto (rescatado), y a “la juventud” como sujeto colectivo clave, ya sea como continuador o como heredero (según el caso y según se vea). ¿Y cómo se manifiesta y se lleva adelante? Generando políticas específicas que reformulan la figura del joven en su dimensión social y también jurídica, y de la juventud como actor colectivo de la historia y de una nueva era política. Esto sucede al mismo tiempo en distintos países y regiones (América Latina, Medio Oriente, Europa, América del Norte), por supuesto con diferencias específicas.

Uno de los temas claves a este nivel, que de la agenda académica y pública pasa en estos años a ser debatido (y decidido) en ámbitos legislativos y políticos de estos diversos contextos, es el de la redefinición etaria de la juventud, relevante y vinculante para restringir o ampliar los derechos de los sujetos (los que permanecen, los que dejan de estar y los que ingresan a la categoría). En esta línea, por ejemplo, la baja de edad sería uno de los tópicos nodales para lograr una más temprana imputabilidad penal, pero también para adelantar el voto. En ambos casos se trata de políticas impulsadas por iniciativa adulta, con mejor o peor recepción posterior entre los jóvenes, que de este modo se siguen perfilando más como destinatarios que protagonistas.

La juventud adquiere centralidad como categoría social y política, al mismo tiempo que se expande como categoría etaria (reconfigurando las otras): hacia abajo, avanzando sobre el territorio de la infancia y la minoridad; y también hacia arriba, sobre el de la adultez. Claro que la empresa que caracterizamos como invención viene a legitimar, visibilizar, instituir, formalizar y/u oficializar tendencias ya presentes en la sociedad, como “la destitución de la infancia” (Corea y Lewkowicz, 1999) y, en la otra dirección, la “juvenilización de la sociedad”, que según nos dice Vommaro “responde a una creciente importancia y valorización de lo juvenil en el conjunto de la vida social, no sólo de los jóvenes como sujetos, sino de atributos que podemos interpretar como juveniles”. Eso –agrega– sucede “tanto en las dimensiones culturales, en las pautas de consumo, estilos de vida, en la fuerza de trabajo y en otros ámbitos como las sexualidades o las migraciones y, claro, en la política”<sup>26</sup>.

---

26. Entrevista a Pablo Vommaro en el Diario *Página 12*, del 31 de julio del 2015 (disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-278351-2015-07-31.html>)

Dentro de esta dinámica epocal en la que la construcción de sí de los jóvenes muchas veces quedará como integrada y subsumida de un modo singular en la nueva invención hegemónica, porque comparte sus signos anti-globalizantes (desde la crisis global, también presentes en las luchas de los países centrales afectados) y que reinstala el juego de pasaje de postas generacional tras el desgarramiento del fin de siglo, es preciso entonces –insisto– aguzar el oído para no indiferenciarlas. Justamente en la juvenilización de la sociedad, Vázquez (2013) ve un rasgo diferencial respecto de los 60 y 70, donde “la juventud” no constituía necesariamente la categoría principal por medio de la cual se reconocían públicamente los grupos, activistas y militantes, ni tampoco la que representaba el término que definía prioritariamente su filiación ideológica o adscripción a una causa colectiva.

Desde una posición crítica, no se trata de celebrar simplemente la interpelación política a los jóvenes sino también de interrogarnos en cada caso acerca de cómo se producen los procesos que objetivan a la juventud y crean modelos de subjetivación, que pueden resultar no solo “adultocéntricos” sino también controladores o manipuladores. Esto en la medida en que no sean los jóvenes, sus voces y sus propias experiencias generacionales, las que tomen la palabra.



## 4. Juventud y política en la Argentina contemporánea

“Si hay algo de lo que estoy orgulloso, es de formar parte de una generación de jóvenes que se vuelve a acercar a la política, luego de aquellos nefastos años 90 donde esta era mala palabra”.

Santiago, 19

“Por ese entonces yo todavía no militaba y realmente fue uno de esos momentos quiebre donde me dije: yo quiero hacer eso, quiero militar, quiero ser parte de algo así”.

Mili, 19

Es posible hablar de una repolitización de la sociedad argentina tras el estallido del 2001, sobre todo en referencia a los procesos ligados a la recuperación paulatina del Estado y de la institucionalidad política, tras una situación de extrema conflictividad y quebranto integral del país (*de-fault* económico, acefalía política y catástrofe social sin precedentes). En relación con la política como dimensión clave del “proyecto común” –que actualiza en el presente de *la Nación* un pasado (historia) y un porvenir (política)– el “argentinazo” se configura como punto de viraje que marca un antes y un después en el relato colectivo, en las diversas generaciones que conviven en ese presente, y en la biografía de cada uno, como en la de Pacho, de 16 años<sup>27</sup> :

“Estoy en cuarto año de la secundaria y milito desde primero. Con idas y venidas, pasando por agrupaciones estudiantiles y organizaciones políticas. Si bien empecé a militar activamente en primer año, a los 13, mi relación con la política empezó cuando era chico. Cerca del 99, 2000 mi viejo formó junto con amigos y gente del barrio la asamblea de Palermo. Yo vivía en Villa Ortúzar,

---

27. En el foro con jóvenes militantes sobre el voto joven, realizado en el campus del Área de Educación y Ciencias Sociales (Dir: Miriam Kriger) de Centro REDES, octubre del 2013)

pero en ese entonces en la calle Bonpland y Gorriti había un terreno abandonado donde antes había una fábrica textil y los vecinos lo ocupamos para organizarnos. Tengo muy pocos recuerdos específicos de aquella época, no recuerdo tener noción de por qué estaba en ese preciso lugar con esa gente. Sólo sabía que M<sup>28</sup> era “malo” y que los fines de semana venían decenas de personas a comer de una olla muy grande. Pero lo que sí recuerdo, y lo recuerdo muy bien, es la alegría con la que hacíamos las cosas. La alegría de organizarnos como pueblo, de hacer la resistencia y por qué no la revolución. Ahora sé lo que pasaba en ese entonces y miro atrás con mucho orgullo, porque toda esa alegría, ese hambre de grandeza que tuvimos como argentinos explotó en diciembre de 2001...”

Se trata de una experiencia que, como se dijo antes, para los más jóvenes se consagrará como hito fundacional (“hijos del argentinazo”), especialmente para los militantes, y que permite además una apropiación generacional en los más variados registros ideológicos. Un rasgo central, entonces, de la politización que se produce a partir de ese quiebre es su carácter integral, dado que es la sociedad en su conjunto la que debe retornar a “la política” para salir de la crisis. Comienza un trabajo de rearticulación del Estado y la Nación que también se expresa como acercamiento entre sociedad civil y Estado, entre ciudadanía y clase política, entre “lo político” y “la política”.

Tras el estallido social y la desintegración económica y política del 2001, las elecciones del abril del 2003 plantean una admirable recuperación del crédito democrático, a partir del cual con Néstor Kirchner en el gobierno, comienza una etapa de efectiva rehabilitación del país en el plano de las prácticas reales de la política y la economía, mientras que en el simbólico opera el potente *leit motiv* de “salir del infierno” y refundar la Argentina. Solo más tarde, durante la presidencia de Cristina Kirchner, tal impronta refundacional dará paso a una construcción propiamente política y de creciente conflictividad. Se caracterizará por un estilo altamente controversial y “agonista” (Mouffe, 2007), basado en el *consenso conflictivo* entre los actores y en la idea de que los problemas políticos exigen necesariamente tomar decisiones entre alternativas en conflicto/adversarios. El ejemplo más emblemático de ello es la disputa entre el gobierno y el campo en el 2008<sup>29</sup>, que –tal como señala Zunino (2011)– “dio lugar a la gestación de

28. Así en el original, reproduciendo la creencia popular de que el ex presidente Menem “es yeta”, y que nombrarlo trae mala suerte, Pacho no lo nombra sino que da pistas de su nombre.

29. Nos referimos al conflicto de marzo de 2008, que comenzó con la sanción de la Resolución 125 del Ministerio de Economía, que establecía un aumento de las retenciones móviles para la soja y el girasol, lo que motivó una rápida respuesta y acciones directas contra el

un genuino antagonismo, en tanto se traspasó el grado gremial de la disputa y se la llevó a una dimensión específicamente política, sobre la base de la constitución de dos polos beligerantes con sus respectivas construcciones identitarias” (2011: 2).

En esta Argentina, por lo tanto, no podemos hablar de la politización juvenil como un proceso específico sino como una dimensión que es parte de una politización más amplia y compleja de una sociedad que, en última instancia, se vio obligada a recuperar la política para sobrevivir. No estamos por ende, como en los 70, frente a una politización juvenil en clave contra-generacional, o surgida a partir de demandas diferenciales, transgresoras o que subviertan el orden social.

Como recuerda un militante de entonces, hoy adulto: “La idea era que *el poder se tomaba*, había consignas como: *ni golpe ni elección, revolución*. Ahora decimos, más sabiamente, que el poder se construye”<sup>30</sup>. En los últimos años, estos jóvenes y esta juventud (dicho de modo general, pero sin olvidar la heterogeneidad y pluralidad de la misma) tienden a pensarse como parte del proceso social de reconstrucción, en clave democrática. Escuchemos las voces de militantes de diversos partidos:

“Yo me acerco a la política porque siento una necesidad de cambiar el mundo donde vivimos, un mundo injusto donde pocos tienen mucho y muchos tienen poco. Y aunque en este momento es real que la juventud está volviendo a interesarse en política, de ninguna manera es como fue hace 40 o 50 años, sino, desde mi punto de vista, de una manera nueva” (Ro, 18, Partido Obrero)<sup>31</sup>

“Claro que queremos que no haya más pobres, pero no somos una juventud militante revolucionaria, no venimos a cambiar los esquemas, como kirchneristas venimos a profundizar un modelo de país. Hoy en día los militantes somos un poco más realista acerca de los límites de la política” (Mili, 18, La Cámpora)<sup>32</sup>

“Hoy en día, a pesar de nuestras diferencias, podemos levantar todos juntos las banderas de la democracia, del pluralismo, de la libertad de expresión, que son algunos de nuestros derechos fundamentales” (Santi, 19, Franja Morada)<sup>33</sup>

---

gobierno de parte de las patronales agrarias y el conjunto de actores vinculados al circuito sojero, que fueron ganando apoyo de una parte importante de la ciudadanía. El episodio tuvo un impacto político que dividió a la opinión pública y contó con amplia difusión mediática, aunque finalmente fue resuelto en el Congreso, donde se votó en contra de la resolución.

30. En el foro mencionado, en la nota 27.

31. Foro citado, en nota al pie 25.

32. Ídem.

33. Ídem.

Asimismo, estamos frente a una singularidad histórica: que los jóvenes, como tales y como argentinos, son llamados a incluirse en un proyecto de nación (no estoy hablando de gobierno) que tras el fracaso de la generación previa aparece ante ellos interpelándolos en un rol destacado: los garantes de continuidad y futuro común después de la caída (tanto si son independientes o militantes de izquierda, radicales u oficialistas). Todas estas particularidades hacen que los rasgos globales que describimos en la sección anterior referidos a la contestación contra-hegemónica de los jóvenes a la segunda invención de la juventud, se acentúen en la Argentina, donde las resistencias se dirigen a las políticas globalizantes, funcionales a la desarticulación del Estado-Nación y también propiciadoras de la “apatía” política e identitaria de los jóvenes. Y esas son precisamente las que entran en crisis durante la primera década del nuevo milenio en el mundo, y que en nuestro país estallan de modo paroxístico más tempranamente, en el 2001.

En el ciclo de *politicización juvenil* que comienza en ese momento y llega a la actualidad – recordemos que el término no implica *a priori* más politicización, sino que hace referencia a un proceso ligado al modo de hacerse/ devenir sujetos políticos– creo que podemos diferenciar dos momentos. Este es un modo de enmarcar tendencias y procesos que en muchos sentidos se superponen y co-producen, pero que tiene una lógica y un equilibrio de fuerzas distinto dentro de este ciclo de politicización. El primero, que transcurre entre el 2002 y el 2010, se ubicaría dentro de lo que vengo caracterizando como la construcción de la juventud por los propios actores (*desde abajo*) y contra la segunda invención hegemónica. Su rasgo principal es la re-identificación con la Argentina, en un principio de carácter contra-democrático/anti-político, pero con una revalorización y reapropiación creciente de “la política”. En octubre del 2010 dos acontecimientos trágicos –entre los que no puede establecerse ninguna relación causal pero que recrean y se entran en el discurso y la memoria sociales– vienen a marcar el cambio de momento, y el pasaje a la tercera invención de la juventud”. El primero, el 20 de octubre, es asesinato de Mariano Ferreyra, joven militante del Partido Obrero, dirigente estudiantil de la FUBA de 23 años edad, mientras apoyaba la protesta de trabajadores tercerizados de Ferrocarriles. Se realizaron marchas en todo el país repudiando este hecho; se estima que en Buenos Aires 50.000 personas llegaron a Plaza de Mayo, y entre ellos miles de jóvenes reivindicando la política, redoblando la apuesta de la vida. El 27, una semana después fallece Néstor Kirchner y su cuerpo es velado en Plaza de Mayo, momento en que “la juventud” aparece en escena, en primera plana. Irrumpiendo en la visión pública son otros jóvenes, sus rostros, sus voces, sus llantos despidiendo al ex

presidente, apoyando a Cristina. Allí parecieron tomar cuerpo frente a ese cuerpo que despedían como hijos y herederos, a quienes la presidenta ya se había dirigido antes como “los jóvenes del Bicentenario”, que iban a seguir siendo interpelados desde el gobierno por “un tiempo histórico que los llama, como dicen ellos, *a comprometerse, a militar*” (Saintout, 2011: 14). En estos sucesos de signo tan diferente, se destaca la figura del joven que como un hijo pródigo regresa y trae consigo otros retornos y sus novedades, que apenas comienzan a avizorarse.

Digo, entonces, que estos hechos señalan también en el plano de las prácticas la segunda etapa de este ciclo de politización juvenil, que es la de la nueva invención de la juventud (*desde arriba*) y de su consagración (Vázquez, 2013) como actor político por parte de los adultos. Es cierto que esto ya venía realizándose en el terreno social y educativo, donde encontramos un amplio abanico de políticas públicas orientado a la terminalidad y la inclusión: desde el aumento del presupuesto nacional que llega a alcanzar el 6,45% del PBI, la extensión de la obligatoriedad de la escolaridad, que alcanza ahora a la escuela secundaria (Ley de Educación Nacional 26.206/2006); la licencia por maternidad en el ámbito escolar y régimen especial para sostener la continuidad de los estudios, el “Programa Nacional de Educación Sexual Integral” (Ley 26.150) para todos los niveles educativos; el Plan Fines, dirigido a jóvenes y adultos de todo el país para finalizar sus estudios primarios y/o secundarios incompletos. Pero es posible notar que hacia el final de la década toman impulso aquellas ligadas a la institucionalización de la condición propiamente juvenil de los sujetos a los que se dirige, con énfasis en su dimensión política y ciudadana, como el “voto joven” (Ley N° 26.774/2012) y la ley de Centro de Estudiantes (Ley N° 26.877/2013). Asimismo, se produce un cambio de paradigma desde el asistencialismo posterior a la catástrofe social del 2001 hacia la promoción inclusiva de la etapa de consolidación estatal, regida por la idea de “derecho ganado”. A continuación caracterizaremos y problematizaremos diversos aspectos de estos momentos.

### **Primer momento: la contestación de los jóvenes y la reconstrucción del Estado**

Las reacciones de los jóvenes a las políticas globalizantes ya estaban en marcha con las resistencias y los movimientos ligados a “lo político” en los 90, aunque eran muy minoritarios y –sobre todo– estaban invisibilizados socialmente. Lo que cambia a partir del “argentínazo” es la posición de estos grupos y luchas territoriales en el escenario más amplio del “día

después<sup>34</sup>, donde adquieren potencia y reconocimiento como pioneros de nuevas formas de acción política (esto se ve en lo inmediato, en la ola asamblearia), a quienes se suma y da volumen la ciudadanía contrademocrática. Cambia también, que si hasta entonces la orientación era *contra* “la política” y el Estado neoliberal vigente, a partir del 2001-2 la orientación va a dirigirse *hacia* “la política” y la integración a un Estado distinto, inclusivo e histórico. Estas tendencias toman impulso en el 2003 con el kirchnerismo, que desarrolla una estrategia basada en fundar transversalidad y absorber bajo su gran paraguas partidario a las organizaciones de todo el espectro ideológico, recreando “una gramática movimientista” (Pérez y Natalucci, 2012: 11). Se trata de un punto de arranque magistral para un gobierno llegado al poder en plena crisis del sistema político y con escasa representación electoral (sólo el 22.24% de los votos), que sale a conquistar legitimidad directa en otros terrenos, nada menos que reconociendo e incorporando a sus bases a quienes habían quedado por fuera del sistema en la década anterior (“los que perdieron”<sup>35</sup>) y resistían, *los de abajo*. Entre ellos, numerosos jóvenes que formaban parte de esos colectivos territoriales y de desocupados, aunque aún *lo juvenil* no era el rasgo que los dotaba de identidad política sino el de *lo popular*.

Por otra parte, poco a poco se vuelve más positiva la valoración de los jóvenes (también de los que no participan) de los partidos políticos, y de modo incipiente, lo inverso: la de los partidos sobre los jóvenes. En efecto, la juventud como un sector/agrupación específico de cada partido, diferenciada pero encuadrada con su propio nombre indicando la re-filiación a una tradición o una mística, como garante de renovación y continuidad que legitima a los partidos y a su historia al devolverles el horizonte del proyecto, será un rasgo del siguiente momento: el de la nueva invención. Pero de modo pionero esto se refleja muy bien en la creación de La Cámpora en el 2006, que como modalidad se expandirá a todo el arco político a partir del 2011, donde se produce una “consagración de la juventud” (Vázquez, 2013).

## La activación del movimiento estudiantil

El 2001 marca una renovación, sobre todo a nivel universitario, que irá cobrando mayor volumen y pluralidad política, con una notable incli-

---

34. Parafraseando el título del film de ciencia ficción dirigido por Nicholas Mayer (1983), que alude al “día siguiente” de una gran y última guerra global

35. Parafraseando a Svampa (2001), que se refiere a las nuevas clases en ascenso durante la década neoliberal en Argentina como “los que ganaron”

nación hacia la izquierda. En cuanto al nivel secundario, su organización irá en aumento junto con su politicidad, como muestran algunos datos al respecto (que dan cuenta del trabajo de construcción política previo a lo que en el 2010 se presentará en el discurso social como una sorprendente “irrupción” de los jóvenes). Veamos: en el 2006 se crea la Coordinadora de Escuelas Secundarias (CES) en la Ciudad de Buenos Aires; en el 2008 –y en el escenario de la toma de una escuela– se funda la Coordinadora Unificada de Estudiantes Secundarios (CUES), que se federaliza y localiza hacia el 2010 sobre la base de la propia necesidad de los movimientos estudiantiles del interior del país (surgen así la CUES Rosario, CUES La Plata, CUES Córdoba, CUES La Matanza, etc.).

Es importante señalar la relevancia que adquiere en este proceso la articulación de las agrupaciones entre los niveles universitario y secundario, que contribuye a la eficacia y organización de acciones directas, en las que también tienen peso y presencia los estudiantes independientes (que eran y son la mayoría): tomas masivas y coordinadas de escuelas secundarias y facultades, cortes de calle, manifestaciones, clases públicas, etc., cuya notoriedad en la esfera pública y sobre todo mediática se va a condensar en sucesivos “estudiantazos” desde el 2008, que en el secundario lograrán una gran convocatoria y participación de los estudiantes, y en gran medida el acompañamiento adulto de padres y docentes. Estos sucesos fueron un incentivo para que muchos se incorporaran a la militancia, como Pato:

“Me dicen Pato, tengo 19 años y actualmente milito en Lobo Suelto en Marea Popular. Mi historial militante comienza en mi colegio cuando tuve mi primer acercamiento al centro de estudiantes en el año 2008, año en el que los estudiantes tomamos el colegio en reclamo a la implementación del Consejo de Escuela Resolutivo. En sí mi participación (o mi realización personal hacia la militancia) fue por el debate sobre la democratización y el papel de los estudiantes en las decisiones tomadas en el colegio” (Joaquín, 19)<sup>36</sup>

El estudiantazo del 2010 alcanza un gran impacto, con epicentro en los grandes centros urbanos, como Buenos Aires y Córdoba, con la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) y las coordinadoras secundarias a la vanguardia. Llegan a ser más de cuarenta escuelas tomadas simultáneamente en Buenos Aires y en Córdoba, a los que se suman los universitarios, reclamando mayor presupuesto educativo “en defensa de la educación pública”, con una agenda variada (mejoras edilicias, boleto estudiantil, resistencia a la Ley Federal de Educación etc.).

36. En el foro de la nota 28.

A su vez, no podemos dejar de observar un hecho que muchas veces se presenta como paradójico, pero que por el contrario confirma la dinámica propia de una politicidad viva: a medida que durante el kirchnerismo la educación pública se vuelve prioritaria y logra afianzarse como un derecho asegurado por el Estado<sup>37</sup>, la conflictividad estudiantil se desplaza desde el tópico de la supervivencia de la educación pública (que queda rápidamente atrás, mucho más atrás en el imaginario que los propios 90) a la construcción de calidad educativa y democratización institucional. Es decir: la disputa política se produce sobre un piso ganado y notablemente agrandado, ya que en esta década se abren además doce nuevas universidades nacionales y centros de capacitación orientados a facilitar el acceso de los sectores populares alejados de los grandes centros urbanos, donde estas luchas no se dan. La conflictividad aumenta, precisamente, en los ámbitos consolidados e instituidos –porque ahí ya se puede, porque hay donde apoyarse para luchar por paredes y ya no por pisos– donde crece el reclamo de protagonismo de los estudiantes para apropiarse de poder y decisión, desde lo presupuestario (lo edilicio, las becas estudiantiles, la mejora de los sueldos docentes, etc.) a lo político (ley de educación, diseño e implementación de políticas educativas y planes de estudio), pasando por lo institucional (el co-gobierno, la gestión estudiantil):

“... Cada vez que nos movilizamos, tomamos las escuelas y salimos a las calles, sabemos que estamos construyendo la militancia de Marea Popular, porque la militancia de Marea Popular es la de cada pibe que hoy estudie en condiciones edilicias lamentables, o de cada pibe que el día de mañana pierda en porcentajes gigantescos el valor de su título secundario” (Joaquín, 19)

## Entre fuegos: escenarios de conflicto

De modo más general, la agenda de los jóvenes –tanto en movimientos estudiantiles como en agrupaciones y otros activismos– se va abriendo, desde los ámbitos más cercanos y sus demandas específicas a los de la política nacional y los debates que zanján la opinión pública por esos años. Entre ellos los de mayor resonancia fueron los de la ley de medios<sup>38</sup> y el llamado “conflicto del campo”. Este último dividió las aguas, generando un alto nivel de conflictividad y antagonismo, que condensó y resignificó en una misma serie histórica las disyuntivas trágicas de la

37. Respaldo por aumento del presupuesto nacional destinado a ello, políticas públicas y sociales, y legislación (en particular la Ley de Educación Nacional 26.206, sobre la obligatoriedad de la educación en todos los niveles, incluida la escuela secundaria).

38. En referencia a la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, N° 26522.

historia reciente con las del presente, polarizando las posiciones (oligarcas vs. populistas, gorilas vs. peronistas, golpistas vs. demócratas, campo vs. gobierno). En relación con nuestro tema me interesa este conflicto, porque la disputa ocupó todo el espacio social y llevó a los ciudadanos a la calle, generando una experiencia generacional para los más jóvenes e impulsando a muchos a una elección activa en términos ideológicos; como relata Rafael Villanueva (Movimiento Evita):

“En ese momento mis compañeros y yo nos incorporamos a la política. ¿En qué momento? Uno siempre puede ver en las organizaciones sociales o en los partidos políticos, camadas de militantes que se incorporan en función de las grandes peleas. Yo me incorpore a la JP Evita cuando el gobierno decidió dar la pelea contra la patronal agraria en 2008”<sup>39</sup>.

Particularmente entre las clases altas, esta disputa se configurará en los siguientes años como hito fundacional de una naciente militancia juvenil de centro derecha (que luego se concentrará en el seno del PRO), con clivaje en su memoria biográfica familiar, a partir de la vivencia de participación junto a sus padres en cortes de rutas y medidas de fuerza contra el gobierno. Esta se transforma en una experiencia inaugural de la trayectoria de la ciudadanía antipolítica hacia la conformación de la primera fuerza política argentina de centro derecha, que llegará al poder democráticamente en el 2015. El triunfo del campo en el 2008 aparece como el inicio de toda una epopeya de la ciudadanía independiente contra el aparato político, de los llaneros solitarios contra un Estado poderoso avanzando sobre las libertades individuales. Una versión distorsionada del viejo *leit motiv* de David y Goliat, solo posible porque sesga el juego de los poderes reales –los grandes grupos económicos y las corporaciones que sostienen y están detrás, debajo y arriba de cada protesta civil– tanto como la dimensión social y pública del Estado al que combaten.

Por primera vez, en el 2009 esto es recogido y capitalizado en la campaña electoral por la fuerza política de Francisco De Narváez, una opción de derecha para la gobernación de la Provincia de Buenos Aires. Cuando todavía ningún partido interpelaba a los jóvenes en su condición de tales ni como protagonistas específicos, éste lo hace y logra excelentes resul-

---

39. De su participación en el foro: “Las juventudes en debate. Hacia la construcción de una agenda de políticas públicas de juventud en la Argentina”, organizado por la EPoJu (Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes), IIGG-UBA y la Carrera de Sociología de la UBA. Auditorio Roberto Carri de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Buenos Aires, 31 de agosto del 2015.

tados. En su spot, titulado “Voluntarios”<sup>40</sup>, ellos son los protagonistas, pero no como sujetos políticos activos sino como jóvenes ciudadanos plenos de buena moral y energía, que salen a buscar “voluntarios” para fiscalizar las mesas en las elecciones. Frente al desánimo de una ciudadanía adulta, antipolítica y temerosa (que literalmente *desaparece* frente a ellos) y de persianas que se bajan a su paso, no se rinden y siguen predicando sus consignas, a veces desde la calle y otras en pleno campo. Entre otras: “Para que no nos roben” (en todos lados y en las urnas), porque “estamos hartos” y para que “cambie todo en la provincia”, “porque los problemas son los mismos y los políticos son los mismos”, y —como remate— “porque el campo no se mancha”.

Estos jóvenes oficiaron de custodios morales de la ciudadanía frente a la política, agitando el reiterado fantasma del fraude y reforzando la idea de la buena voluntad, muy presente como matriz moral-ideológica de una nueva derecha que convergerá unos años más tarde en la juventud militante del PRO. Adriana Cáceres, coordinadora del equipo de Juventud en la Fundación Pensar PRO<sup>41</sup>, lo condensa en pocas palabras (las cursivas son mías): “Es por eso que nosotros *nos metimos* en política. Para ampliar el nivel de *ayuda*.”

## De hipervíctimas a militantes

Puede decirse que los jóvenes en estos años “van por más” en todos los terrenos. Uno que tiene especial relevancia entre los estudiantes secundarios en general y en la identidad de los movimientos estudiantiles en particular, es el de los derechos humanos. Desde los 80 se había consolidado en este sector una memoria emblemática de la represión dictatorial ligada a la narrativa de “La Noche de los Lápices”<sup>42</sup>. Ella condensa el ejercicio de una memoria estudiantil secundaria de amplísimo consenso entre los jóvenes por casi tres décadas; pero que sin embargo se constituye en torno a una visión muy poco histórica y altamente paralizante (Lorenz, 2006), que obstaculiza el acceso a la política en el presente y donde los

40. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=0thB2WO0Jl8>

41. En el foro mencionado en nota 40

42. El relato de “la Noche de los Lápices” alude, con el nombre que lo bautizaron los mismos represores, a la historia del secuestro —el 16 de septiembre de 1976— y posterior tortura de nueve estudiantes de La Plata, que habían participado de manifestaciones por el boleto estudiantil secundario. Sólo tres de ellos sobrevivieron, y uno se configuró como el testigo: Pablo Díaz. El fue quien comenzó a dar testimonio en las escuelas secundarias en los 80, ilustrada por el film homónimo, dirigida por Héctor Olivera.

sujetos que protagonizaron los hechos son convertidos en “hipervíctimas” (infantiles o adolescentes) del “mal radical” desaparecedor (Bombal, citada por Raggio, 2006). Raggio afirma que “La Noche de los Lápices, por la forma en que ha sido contada, es uno de los mejores ejemplos de una narrativa más amplia, a la que se ha denominado el “mito de la inocencia” o “la víctima inocente”, cuya característica más notable es el haber ocluido en la narración de los desaparecidos su pertenencia política y sobre todo su adscripción a las organizaciones armadas revolucionarias (Raggio, 2006:2). Se instituye así una memoria exclusiva de los estudiantes, de tipo “hipervictimizante” (Kriger, 2011) que fortalece la identidad juvenil pero que invisibiliza la identidad política, y que ha tenido y sigue teniendo preeminencia como narrativa escolar.

Sin embargo, en estos años el tratamiento de pasado adquiere complejidad y politicidad, poniendo en diálogo esa narrativa con otras narrativas escolares (De Amézola, 2010)<sup>43</sup> y otras memorias sociales emblemáticas (Levin, 2008)<sup>44</sup>, y si bien la mirada victimizante prevalece, comienza a recuperarse la actuación política de las víctimas (ampliar en Kriger, 2011). Hay muchas causas para ello: por empezar, la enseñanza escolar de la historia reciente, que había llegado a los planes de estudio con la reforma educativa del 93 –a contrapelo del indulto y la narrativa de la conciliación, que tan bien describe Amézola (2010)–, cobra potencia cuando el kirchnerismo convierte a los derechos humanos en política de Estado y a la escuela en espacio clave de transmisión de la memoria reciente. Asimismo-

---

43. Amézola (2010) habla de tres narrativas escolares: a) “la teoría de los dos demonios”, surgida en el gobierno de Alfonsín y en la cual la sociedad resultaba ser “espectadora y víctima de lo ocurrido, ya que se sostenía que había resultado engañada y perjudicada por una guerra entre dos grupos armados: los militares de un lado y los guerrilleros del otro” (op. cit.: 18); b) la narrativa de la “disolución nacional”, generada durante el gobierno menemista frente a la sensación de amenaza de “disolución nacional” agravada por el colapso económico de 1989, y como justificación de los indultos posteriores; su motivo sería “no repetir un pasado cargado de conflictos (...) y olvidar las tragedias del pasado como única forma de avanzar hacia el futuro” (op. cit.: 18); y c) la narrativa es la de la “contramemoria”, resultado de la política oficial del gobierno de Kirchner que abre el mandato del “deber de la memoria”, y cuyo objetivo es condenar el pasado trágico para no repetirlo.

44. Levin (2008) dice que existen narrativas centrales del pasado traumático que conviven siempre con otras interpretaciones que representan a grupos distintos de la sociedad. Estas se encuentran en pugna, de modo que una memoria que en un momento es fuerte, en otro puede ser débil, y ella son: a) la de la memoria oficial del Nunca más, surgida en el gobierno de Alfonsín y en la que confluye la teoría de los dos demonios, b) la memoria militar constituida sobre la teoría previa de la Guerra Sucia, que justifica los métodos represivos utilizados por la dictadura, y c) la memoria militante, elaborada sobre el relato de la lucha contra el capitalismo, el imperialismo y la oligarquía nacional.

mo, no podemos dejar de notar que el acercamiento de los jóvenes a la política coincide con la reposición de la justicia contra los genocidas que asesinaron a los jóvenes de la generación anterior y que se instala en la agenda de la actualidad resignificando sus sentidos en el presente. Esto oficia simbólicamente como una reivindicación y como una garantía para la rehabilitación de activismos juveniles, como bien lo expresa Mili (19)<sup>45</sup>:

“Vivimos la política desde un momento en mi caso muy feliz, es un momento de festejo, no hay miedo, no tenemos miedo de ir a una manifestación. Hace unos años fui a una marcha del 24 de marzo, me acuerdo que fui vestida con una pollera y una remera roja, cuando volví a mi casa mi viejo me dice ¿Cómo vas a ir así, no te das cuenta que sos un blanco fácil, con ese color te ven de todos lados y con una pollera no podes correr? A mí me sorprendió tanto lo que decía, pero te permite entender cuan diferente es este momento de otros y como nuestras cabezas no están llenas de advertencias y miedos, vivimos la política más tranquilos”

Al respecto, recuerdo que Emilce Moler<sup>46</sup>, sobreviviente de la Noche de los Lápices, dijo que mientras en su época la muerte estaba presente en la lucha como un ingrediente inevitable e indispensable (“quien militaba sabía que podía morir”), en cambio en la actualidad la vida es la protagonista, y el temor a “meterse en política” ya no tiene la misma vigencia. Por eso mismo la bala que mató a Mariano puede aparecer resignificada luego por Cristina como “la bala que rozó el corazón de Néstor”<sup>47</sup>, convirtiendo un asesinato que involucraba la responsabilidad estatal en una tragedia contra y propia del kirchnerismo. Este acontecimiento tiene amplia resonancia en ámbitos juveniles, principalmente estudiantiles y con presencia de partidos de izquierda, y se constituye en un móvil para sumarse, como le sucede a Nico, (18 UJS-Partido Obrero):

“A pesar de que en mi casa la militancia y la política estuvieron siempre muy presentes (son varias las imágenes de Evita, y algunas otras tantas Camilo Cienfuegos en el escritorio de mi padre), mi acercamiento a la política se da recién en mi tercer año del Colegio, bajo otro ángulo y por un hecho que me marcó muy profundamente: el asesinato de Mariano Ferreyra, el 20 de octu-

45. En el foro mencionado en nota 28.

46. Foro del curso: *La investigación y la enseñanza de la Historia Reciente y los pasados en conflicto: perspectivas críticas y estrategias para el abordaje educativo* (Dirección: M. Kriger/ Coord. Marcelo Borelli), Centro REDES, Buenos Aires, septiembre del 2011 ( disponible en: [http://www.centroredes.org.ar/index.php?option=com\\_content&view=article&id=736&Itemid=49](http://www.centroredes.org.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=736&Itemid=49))

47. Discurso de Cristina Fernández el 6 de agosto del 2012, cuando comenzó el juicio por el asesinato de Mariano Ferreyra.

bre del 2010. Lo estremecedor de este acontecimiento para mí, el entramado alrededor del asesinato, la movilización popular surgida a partir de este hecho y la necesidad que me surgía de exigir justicia por nuestro compañero, fueron el puntapié inicial para empezar a continuar su lucha, aunque sea desde mi lugar”<sup>48</sup>

El énfasis que adquiere para Nico lo sucedido con Mariano y su vuelco del estremecimiento a la acción, representa también la honda vinculación existente entre el tema de los derechos humanos y la militancia estudiantil después del 2001. Tan significativo resulta para los jóvenes de esta generación que, como señala Higuera (2015), se va desplazando desde los temas asociados a la dictadura hacia cuestiones actuales, generando continuidades con elementos instalados y consolidados en dicho período, tales como el modelo económico, sus consecuencias y las prácticas de violencia estatal sobre poblaciones estigmatizadas (por ejemplo, el “gatillo fácil”). Como concluye Rocío<sup>49</sup>, para ellos la memoria no es solo “recordar”:

“En mi colegio suele haber jornadas de reflexión para esa fecha, organizadas por el Centro de Estudiantes, con actividades conmemorativas de la Noche de los Lápices, pero no solo, también buscamos una memoria activa en cuanto a temas que si bien no son explícitamente lo mismo tienen bastante que ver. Ejemplos de esto son los crímenes de Kosteki, Santillán y Mariano Ferreyra, las desapariciones de J.J. López y de Luciano Arruga, los casos de gatillo fácil y demás. Se trata de ver más allá de eso y darse cuenta de que es algo que sigue existiendo y por lo que tenemos que seguir luchando, no solo “recordar” (Rocío, 18)

Se abre así una agenda que va incorporando diversas problemáticas y es permeada por lo que sucede en el escenario más amplio de lo social, y cuya primera figura emblemática es la de Luciano Arruga, un joven de 16 años de un barrio de clase baja de la Provincia de Buenos Aires, torturado en el 2008 en una comisaría por negarse a delinquir y desaparecido en el 2009 tras haber sido detenido por la policía. Durante esos años –hasta que su cuerpo apareció enterrado en el 2014 como NN en el cementerio de La Chacarita, luego de una intensa búsqueda de familiares y amigos junto a organismos de Derechos Humanos– su caso se fue convirtiendo en emblema de la lucha contra el accionar represivo de las fuerzas de seguridad sobre jóvenes de sectores populares. Luego, con mucha más resonancia pública y mediática, se impone la figura de Mariano Ferreyra, que termina de escindir posiciones en el movimiento estudiantil, especial-

48. En el foro mencionado en la nota 27.

49. En el foro mencionado en nota 27.

mente entre las agrupaciones de izquierda y las allegadas al kirchnerismo. Posiblemente por tratarse de un hecho trágico que se consuma en un instante, que implica una forma de violencia política directa, que pone en evidencia un sistema de alianzas de alta peligrosidad y la responsabilidad estatal, y que acaba con la vida de un militante y estudiante a la luz del día.

## **Segundo momento: la invención de los jóvenes y la consolidación del Estado**

La nueva invención hegemónica (*desde arriba*) de la juventud, cursa en Argentina con la consolidación del proyecto y la “rearticulación de la institucionalidad estatal” (Aguiló y Wahren, 2012: 2), reconstruido tras la crisis integral, en un momento histórico singular, el del Bicentenario, que coincide con la tramitación al pasado de la crisis del 2001 y la apertura del horizonte. Su rasgo clave es la institucionalización, que implica la búsqueda de la mayor articulación entre “lo político” y “la política” en muy diversos planos de la vida social, y que es coronada en el 2012 con la ampliación jurídica del voto a los jóvenes desde los 16 años de edad, como derecho y responsabilidad que se impone también en ámbitos resistentes a lo partidario (como la escuela).

Dijimos que el hito inaugural de este segundo momento del ciclo de politización juvenil (2002-15) quedó simbólicamente fijado en el acontecimiento de la muerte de Néstor Kirchner, si bien en rigor no es posible fechar un comienzo, dado que se trata de un proceso en el que las tendencias se gestan y desarrollan de un modo complejo. Determinados hechos logran marcar puntos de viraje en la construcción de una historia colectiva, que saturan el Estado previo y son vividos como revolución, estallido, irrupción, no obstante lo cual es posible y necesario creo yo, conocer su génesis. El Bicentenario es el momento en que se condensa la decisión política de fundar una nueva juventud histórica por parte del kirchnerismo y la conciencia de estar ante una nueva generación y un nuevo tiempo para la Nación, con toda la carga simbólica que ello adquiere en un momento en el cual la crisis parece entrar también en el pasado. Otro evento a considerar es el acto del Luna Park con la consigna “Néstor le habla a la juventud” (en el que finalmente habló Cristina, por razones de salud), en septiembre del mismo año.

Aunque de modo general esta etapa se presenta como continuadora de la construcción contestataria de los propios jóvenes a la segunda invención de los 90, en las prácticas implica procesos que tensionan distintas tendencias. Porque aunque toda invención, tal como la planteo, tiene

visos hegemónicos (dado que su agente es el Estado), lo cierto es que en este caso se trata de un Estado que no tiene el rostro de la hegemonía global. Por el contrario, se opone a ella: es un Estado neo-colonial, recuperado *desde abajo*, con una identidad popular y nacional, con un discurso que combate al poder transnacional y que distingue al gobierno de los “poderes reales” (encarnados en figuras que van variando: los tenedores de deuda externa, la oligarquía rural, las corporaciones, etc.), y que Pacheco (16)<sup>50</sup>, como militante expresa así:

“El kirchnerismo es una continuidad inmediata de las experiencias de lucha popular, y en estos 10 años avanzamos en la construcción de la patria justa, libre, soberana y equitativa que queremos. Ojo: avanzamos no es conseguimos. Falta un montón y vamos por lo que falta, que es una de las principales consignas de mi organización. Así es como llegamos a pelear la disputa “Pueblo o Corporaciones”, y me siento muy tranquilo por estar parado en la vereda correcta...”

No obstante, no son tan lineales ni unívocas las modalidades en que el Estado interactúa desde esta tercera invención con lo que los propios jóvenes de diferentes sectores, clases, grupos, venían haciendo: si lo continúa o profundiza, si lo absorbe o *coopta*, si lo encuadra o restringe. En mi opinión, lo interesante y también lo complejo es que todas estas dinámicas en alguna medida coexisten en un proceso multifacético y cuyos actores centrales —el Estado (en concepción ampliada) y los jóvenes— no son homogéneos, ni independientes entre sí (se coproducen, forman una parte del otro pero nunca totalmente, etc.). Quizá el error esté en pensar con la metáfora de un rostro. Sería más interesante hacerlo como Wacquant, que retomando la visión de Bourdieu (1993), ve al Estado contemporáneo —“atravesado por batallas *internas*, homólogas a los choques que se desatan en forma turbulenta a través del espacio social” (Wacquant, 2012: 73)— con dos manos: la “mano izquierda”, que protege y apoya, y la “mano derecha”, restrictiva y disciplinar.

En el contexto que estoy analizando, la primera es la que interpela y construye a la juventud como sujeto político, reafirmando y ampliando los derechos de los jóvenes a través de políticas públicas y leyes como las que enumero a continuación: el Programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo (2008-2013), destinado a jóvenes de 18 a 24 años; el Plan Conectar Igualdad (2010), que distribuye gratuitamente notebooks para estudiantes secundarios; el PROGRESAR (Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina, 2014), para la inclusión social y laboral a través de acciones

50. Foro citado en la nota 28

integradas que permitan capacitar a los jóvenes; la prohibición del trabajo rural a los menores de 16 y la creación de un nuevo régimen para adolescentes en el sector agrario (Ley 26.727/2011), entre muchas otras que promueven la ampliación de derechos y el reconocimiento de los jóvenes como sujetos activos. En términos institucionales, como señalan Núñez, Vázquez y Vommaro (2015), resulta significativa la creación, en 2007, del Consejo Federal de Juventud (CFJ), dentro de la órbita de la DINAJU (Dirección Nacional de Juventud, en ese entonces dependiente de la Secretaría de Organización y Comunicación Comunitaria del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación), y enfatizo su pasaje en 2014 al rango de Subsecretaría Nacional de Juventud, con los objetivos de promocionar la “participación comunitaria y el compromiso público” y la concepción de los jóvenes como sujetos activos de derechos.

Pero al mismo tiempo la “mano derecha” del Estado, controla y reprime. Según un informe de la CORREPI (Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional), desde 1983 hasta 2014 se registran 4278 muertes vinculadas a violencia institucional, dentro de las cuales el 51% de los casos corresponden a personas menores de 25 años (si se suman los menores de 35 años llegan a 77% total). Lo notable es que el 63,31% se produce desde el 2003 a esta parte, la mayoría por “gatillo fácil” (46%) y muerte en cárceles (39%).<sup>51</sup>

## Juventud y por-venir: la sutura de la trama

Cambiando ahora el enfoque a la participación social y política de los jóvenes, notamos nuevamente el impulso del Estado en términos jurídicos y de inclusión política, en el 2012 con la ampliación el voto optativo a los 16 años de edad<sup>52</sup>, y en el 2013 con la ley de Centro de Estudiantes<sup>53</sup>, por medio de la cual se establece el reconocimiento de esas organizaciones como órganos democráticos de representación estudiantil. Se ve también la promoción de una militancia propia del oficialismo, como venía planteando más arriba, en los términos de los herederos, particularmente tras la muerte de Néstor Kirchner, recuperando la mística de su generación:

---

51. En cuanto a víctimas de represión de la protesta social, si bien solo representa un 2% el número de casos, también hubo un incremento en la última década (en el gobierno de Menem hubo dos casos; De la Rúa 45; Néstor Kirchner 2; Duhalde 2; Cristina 18).Fuente: <http://www.correpi.lahaine.org/>

52. Ley N° 26.774/2012 de Ciudadanía Argentina.

53. Ley N° 26.877.

“Nosotros hablamos muchísimo de la militancia setentista, tenemos una especie de fascinación con quienes consideramos nuestros compañeros, particularmente con la agrupación de Montoneros. Muchas veces se acercan viejos militantes, nos cuentan anécdotas, nos cuentan sus vidas, que conocían a este o aquel, que vieron tal o cual cosa. Y nosotros siempre los escuchamos embelesados” (Mili, 19, de La Cámpora)<sup>54</sup>

Creo importante destacar la visibilidad y el crecimiento que en esta fase tiene La Cámpora como brazo joven del kirchnerismo –soldados de Cristina– y que como tendencia se expandirá a otros partidos políticos, y especialmente al PRO a partir del 2011. Este respondera especularmente a la “invitación” al juego que le hace el oficialismo desde su táctica agnosta e impulsará la construcción de una juventud propia, unida “en primer lugar, por la figura de Mauricio” (como decía Adriana Cáceres, de ese partido)<sup>55</sup>, con un estilo que se configura en el antagonismo con el oficialismo, presentándose como su contracara: con una fuerte impronta moral y voluntarista, neutralizadora del conflicto y ponderadora del esfuerzo y los logros individuales (el emprendedorismo). De modo que los jóvenes pasan a ocupar espacios estratégicos en una clara muestra de renovación generacional de la clase política, y en el caso de La Cámpora en una coyuntura particular que a partir de la ruptura del gobierno con Moyano, les confiere aun mayor protagonismo y visibilidad, ocupando el espacio dejado por las filas del sindicalismo retirado.

Vázquez (2013) señala la importancia del recambio y “trasvasamiento” en la dinámica recreada por el kirchnerismo. Analiza tres spots televisivos de la campana del 2011 que remiten de forma exclusiva y directa a la juventud, ellos son: “La fuerza de los jóvenes”<sup>56</sup> (dos versiones) y “La fuerza de la militancia”<sup>57</sup>. La autora dice:

“Los tres spots resultan un interesante recurso, por medio del cual se puede observar la consagración de la juventud como uno de los valores políticos que la gestión de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, destacado como uno de los principales méritos o logros alcanzados. Además, permiten objetivar una manera de definir a la juventud en relación con un conjunto de atributos. En primer lugar, se trata de una juventud militante, cuyo activismo se entrelaza fuertemente con un sentimiento de pertenencia a la Nación, a la patria y a sus principales símbolos. Es una militancia que reúne

54. En el foro mencionado en nota 27.

55. En el foro mencionado en nota 39.

56. Disponibles en: <https://www.youtube.com/watch?v=XR3eEttG38I> y <https://www.youtube.com/watch?v=jOl4uLcBuLo>

57. [www.youtube.com/watch?v=75rogxxJowk](https://www.youtube.com/watch?v=75rogxxJowk)

y agrupa a toda una generación de jóvenes –la del tercer Centenario– cuyos rasgos o atributos específicos tienen que ver, como en las demás generaciones, con ser hijos de su época. Solo que, a diferencia de los jóvenes del 25 de Mayo de 1810 o los jóvenes del 9 de Julio de 1816 –es decir, de los jóvenes cuyo activismo tenía que ver con los procesos nacionales de independencia y que en los spots se describe como una militancia contra el poder establecido que aspira a cambiar las cosas–, la juventud presente es objetivada como festiva y alegre, como una juventud que ha dejado de tirar piedras y que se incorpora a la política para apoyar políticas de Estado, esto es, que milita haciendo cosas como las que los propios spots ilustran, esto es: participar en actos, marchas y manifestaciones, realizar pintadas y campañas solidarias” (Vázquez, 2013: 21).

En los ámbitos juveniles y estudiantiles se produce un crecimiento de las otras agrupaciones cercanas al kirchnerismo (luego nucleados gran parte en “Unidos y Organizados”) y sus alianzas con sectores de centro izquierda en nuevos frentes. Particularmente en la escuela secundaria ello viene acompañado de una alta conflictividad que “rompe” la organización previa, generando desdoblamientos a nivel de sus órganos políticos. Precisamente a partir de la discusión sobre las dos marchas del 24 de marzo –una convocada por el gobierno y otra por la izquierda junto al espacio Encuentro, Memoria, Verdad y Justicia (EMVJ)– en el 2011 “se rompe” la CUES y los kirchneristas fundan la FES (Federación de Estudiantes Secundarios) en Buenos Aires y luego en diversas ciudades y localidades del país. Más tarde la CUES se disuelve y se forma la CEB (Coordinadora de Estudiantes de Base), que se concibe en parte como un intento de “desaparatear” la militancia estudiantil, es decir, de ofrecer cierta resistencia a esta tercera invención, que aparece para ellos como hegemónica y adultocéntrica.

## La historia reciente como herramienta política

Los derechos humanos fueron un tema nodal en la activación y cohesión del movimiento estudiantil desde la recuperación de la democracia en adelante. Pero particularmente en el último ciclo, los derechos humanos han sido no solo el *leit motiv* sino la *vía expedita* que abrió paso a la política, introduciendo conflictividad y diferenciaciones ideológicas y partidarias justamente allí donde antes se fundaba una identidad estudiantil homogénea. Podemos decir que ha sido un tópico determinante y problemático, cuyo abordaje ha generado puntos de viraje en la historia más reciente del movimiento estudiantil. Entre ellos, tal vez el más marcado y significativo sea el desdoblamiento de la emblemática marcha del la Noche de

los Lápices. A partir del 2011 una parte de los jóvenes va con todas las agrupaciones independientes del gobierno y la izquierda, y la otra con la FES (la decisión es tomada en general en cada escuela, mediante votaciones o asambleas, en medio de vehementes debates). Se disuelve, entonces, el efecto totalizador que durante décadas generó este relato sobre las prácticas colectivas, aunque no su presencia emblemática en el imaginario estudiantil y en el espacio propiamente escolar. De hecho, aquí suelen volver a ver el film cada año, entre otras actividades de memoria en cuya organización los estudiantes participan activamente, que sigue conmoviendo y generando identificación tanto en los jóvenes militantes de las diversas corrientes como en los independientes.

Señala Higuera (2015) que el surgimiento de disyuntivas y tensiones menos visibles en instituciones escolares en relación con la construcción dinámica de la memoria, debe ser pensado dentro de un proceso gradual. En él encontramos posturas de jóvenes que intersectan diversas formas de militancia y concepciones del pasado, que habilitan la convivencia, asociación y participación en momentos coyunturales (por ejemplo, las protestas de los secundarios de la ciudad de Buenos Aires en 2010, ver: Higuera, 2013).

Así, las formas de construcción de la subjetividad política entre los jóvenes y su relación con las memorias nos obliga a analizar con cuidado y siempre atentos al contexto, cuáles y cómo son las formas de acción, organización, usos del pasado y definición de la militancia. Desde esta perspectiva, podemos disminuir el riesgo de caer en los extremos absolutos de los discursos sociales (juventud apática o militante) para entender que, como señala Higuera,

“las formas propias de las nuevas generaciones y aquello que las conduce a trasegar una experiencia política, no son el resultado de procesos unidireccionales atribuibles a una persona, partido o movimiento político. Son el resultado de elementos dispersos que las nuevas generaciones encuentran para hacer propios y actuar en interacción con los adultos, para así redefinir el mundo. Lo que aparece es, entonces, una interrelación compleja entre lo nuevo y lo viejo.” (Higuera 2013, 25).

### **Las derivas de la memoria: “la inseguridad”**

Junto a las construcciones colectivas del pasado traumático orientadas a generar memorias históricas diversas y en pugna, encontramos otras modalidades, derivas y/o desvíos del *leit motiv* de los derechos humanos, de tipo antipolíticas y/o contrademocráticas, de gran peso en las

representaciones individuales. Ellas ya circulaban en la sociedad, pero en este segundo momento que estamos describiendo logran tomar el primer plano de la agenda pública y mediática y –lo más interesante– terminar convertidas en potentes argumentos de “la política” y la disputa partidaria. Aunque nos refiramos a tales modalidades como derivas de la memoria, su orientación no es al pasado sino que más bien se constituyen como fugas al presente. La más fuerte entre ellas es la de la llamada “inseguridad”, una problematización conflictiva y controversial de la actualidad. Ella ofrece una sintomática resignificación de los derechos humanos, convertidos en un “significante vacío” (Laclau, 1996), sin significado fijo y cuyo “llenado” constituye la lucha política (siempre ideológica).

“La inseguridad” se estructura al comienzo desde la oposición como contra-relato del oficialismo, con una demanda de mayor represión estatal (penal o judicial) contra los delincuentes/“los otros”, en general jóvenes, varones y pobres. A su vez, es de signo inverso a la reivindicación hecha desde los sectores de izquierda del tema de “los derechos humanos en el presente” (con eje en la violencia policial y el “gatillo fácil”). Es interesante observar la génesis de “la inseguridad”, que empieza siendo una preocupación y se expande en pocos años a todos los ámbitos sociales, acompañada por el crecimiento estadístico de la criminalidad misma pero muy por encima de ella, también en alza y con una altísima amplificación mediática. En pocos años el reclamo por “la inseguridad” ha pasado de ser propio de una ciudadanía contrademocrática y “sin banderas” –de la marcha de Blumberg a los “autoconvocados” cacerolazos “contra la re-elección, la corrupción y la inseguridad”, de 13S (13 de Septiembre) y el 8N (8 de Noviembre) del 2012– a convertirse en el corazón del discurso de centro derecha, como el cacerolazo del 18 de abril de 2013 “contra la reforma judicial, la inseguridad y la corrupción”, con la participación explícita y activa de la oposición (y de Mauricio Macri como figura central). A partir del 2014 y en la campaña para las elecciones del 2015, la problemática de “la inseguridad” es tomada también por el oficialismo y reconfigurada como promesa de “seguridad”.

Su percepción social crece mientras se configura como un conflicto inmediato con especial pregnancia entre los jóvenes (precisamente en el momento vital de salir al mundo social, a la calle), que amenaza a cada individuo y al lazo social, aunque si atendemos a Hobbes, el miedo es el cemento, la pasión fundante de la vida en común, que justifica la existencia del Estado, el *Leviatán* (Hobbes, 1649).

Ahora bien: no pretendo discutir aquí la base fáctica o “real” de la problemática, sino analizar los procesos que la significan y la ascienden desde el discurso social a la agenda política en un vertiginoso lapso, tra-

tando de mostrar que parte de su legitimidad proviene de un uso desviado (aberrante) y reduccionista del tema de los derechos humanos

Como antecedente empírico de esta idea, en el estudio realizado entre 2005 y 2007<sup>58</sup> (Kriger, 2010) encontré que varios de mis entrevistados, al preguntarles sobre la historia reciente se deslizaban a lo que para mí era entonces otro tema: “la inseguridad” en el presente. Sin embargo, ellos comparaban y equiparaban la violencia de terrorismo de Estado –bajo la “Doctrina de la *Seguridad Nacional*”– con la violencia de la delincuencia en la democracia, que finalmente... ¡les parecía más insegura para el ciudadano común que la dictadura. Profundizando la indagación, noté que varios de ellos tendían a poner en una misma línea las luchas civiles contra la represión y el terrorismo de Estado de entonces, y los reclamos ciudadanos por mayor represión policial en la actualidad; y que consideraban víctimas de los derechos humanos por igual a todos los afectados por estas distintas violencias y no particularmente a las víctimas del terror y la violencia sistemática llevada adelante por el aparato estatal, como se trasluce en el siguiente diálogo con Juliana (17)<sup>59</sup>:

J: Para mí la política es lo que maneja todo para un país, pero en este país la política es muy mentirosa: son los partidos, los dirigentes...

E: Entiendo: a esos no le creés pero ¿a quiénes sí les creés?

J: A la gente que lucha por la llamada “seguridad del país”, que son toda gente que han sufrido.

E: ¿A quiénes mencionarías?

J: Bueno ahora está Blumberg, pero dicen que está metido mucho en política; pero a “Las madres”, a toda esa gente que se junta porque a sus hijos los han secuestrado o matado, esa gente también me interesa.”

Podemos apreciar en este fragmento cómo la falta de comprensión histórica favorece la indistinción política y la confusión en la que se apoya la fusión de tan diferentes sujetos históricos en un mismo y único sujeto suprahistórico: “toda esa gente que se junta porque a sus hijos los han secuestrado o matado”. Encontramos dos acepciones de la política: una para designar la política mala-inmoral (“mentirosa”), y otra, buena-moral (“la que maneja un país”) que precisa de un sujeto unidimensional: las víctimas, (“toda gente que ha sufrido”), igualadas en el dolor, y cuya legitimidad se apoya en que no “se metan” en política de modo explícito. Es-

58. Ver datos de esta investigación en nota 1.

59. Entrevistada realizada para la investigación doctoral de Kriger (2007).

tos esquemas de pensamiento, atravesados por el anhelo contradictorio de “una política sin políticos” (Kriger y Dukuen, 2014: 8), son tributarios de una matriz antipolítica propia del contexto posterior a la crisis. Pero también nos permiten hoy comprender la eficacia de una apuesta política posterior (sobre todo desde la derecha del espectro partidario), fundada justamente en una apuesta moral pero con enorme potencialidad política (para quien lograra capitalizarla, como se pudo ver en la campaña para las elecciones presidenciales del 2015).

Un segundo estudio realizado en el 2013<sup>60</sup>, mostró un notable incremento de la importancia y reconocimiento de “la inseguridad” como problema clave para casi la totalidad de nuestros entrevistados (N=321) –sean participantes, interesados y no participantes ni interesados en política–, alcanzando al 92%. Insisto en recordar que se trata de respuestas individuales, ya que “la inseguridad” no suele aparecer entre las demandas colectivas de los movimientos específicamente juveniles. Además, se convierte en primer tema de interés (negativo) y de preocupación personal de los jóvenes (32,54 %), con un porcentaje que dobla al alcanzado por “la política” (17,46%), triplica al de “los derechos humanos hoy” (9,82%) y quintuplica a los derechos humanos en la dictadura (6,35%). Es decir, que en el plano individual y en el total de estudiantes, donde la mayoría no participa ni se interesa directamente en política, podemos observar el desplazamiento del tópico de los derechos humanos desde el pasado al presente, con la inversión de su signo a medida que sus demandas se orientan hacia el reclamo de mayor represión.

Al analizar más profundamente estos resultados (trabajados exhaustivamente en Kriger y Daiban, 2015), encontramos varias cuestiones de interés, que permiten pensar a “la inseguridad” como un analizador privilegiado del tipo de ciudadanía que los jóvenes idealizan versus a la que, puestos en situación de conflicto directo e inmediato, estarían dispuestos a actuar. Cuando les pedimos que propongan una solución al problema, encontramos que un 45,9% adopta un posicionamiento subjetivo *punitivo* frente a la inseguridad, dando una respuesta condenatoria o represiva y promoviendo el uso de la violencia estatal<sup>61</sup>; un 22,6% tiene un posicionamiento *disciplinar*, eligiendo soluciones en las que piden al Estado o a los políticos que generen políticas más ligadas a contener que a educar

60. Investigación realizada en el marco del Proyecto PIP CONICET (112 201001-00307) sobre 275 estudiantes de 17-18 años de edad de ambos géneros, en 7 escuelas de diverso nivel socioeconómico de Ciudad de Buenos Aires y Conurbano bonaerense.

61. Por ejemplo: “pena de muerte”, “matar a todos los drogadictos y chorros”; “mano dura”, “condenas más duras”, “cárceles de máxima seguridad”, “baja en la edad de imputabilidad”, “más vigilancia policial”, “mejor equipo policial”, “que la policía no sea tan corrupta”.

a los supuestos criminales<sup>62</sup>, y solo un 15.7% detenta un posicionamiento *político*, optando por propuestas jurídicas y/o soluciones de tipo socioeconómicas<sup>63</sup>. Además, la opción *punitiva* se asocia a un ideal de ciudadanía de tipo *individual*<sup>64</sup>, elegido por el 86,5% de la muestra, por encima del 54,2% del tipo *social* y más aún del 5,8% del tipo *político*.

Ahora bien: ¿Qué implica que un ideal moral de la ciudadanía regido por la responsabilidad, el “deber ser” individual y el civismo, termine asociándose a una actitud represiva y punitiva frente al conflicto social inmediato, experimentado como amenaza “del otro a mi persona”? ¿Cómo interpretar que el “buen ciudadano”, caracterizado en primer lugar como aquel que cumple con sus deberes y obligaciones, y luego como quien detenta el valor de la solidaridad “sea el mismo que proponga matar al otro (pena de muerte) o infringirle los más duros castigos (“mano dura”)? (Kriger y Daiban, 2015: 101) ¡Qué gran desafío nos plantea comprender esta suerte de pirueta moral, que invierte la ética de los derechos humanos de la que parte, para condensarse en una amplia demanda ciudadana de represión estatal, corriendo todo el espectro ideológico hacia la derecha! Porque esta pirueta, que desplaza la página de policiales a la editorial política, es finalmente un síntoma de los aspectos residuales pero también de los más estructurales (y estructurantes) del desgarramiento del lazo social, no solo sin suturar aún del todo, sino incluso profundizado por los procesos de crecimiento económico posteriores a la salida de la crisis del 2001 y más aún por efecto de las luchas hegemónicas por la consolidación de un nuevo modelo de país (dentro del poder, entre distintos grupos y tipos de poder). Sin dudas, la potencia del pasado dictatorial y de los derechos humanos se sigue resignificando y actualizando en las batallas políticas, bajo distintas formas que ponen en juego la identidad de los actores. Aún

62. Por ejemplo: “educación y disciplina”, “mandar a todos los chicos de la calle a la escuela”, “que los políticos hagan algo”, “que se tomen las cosas en serio y hagan lo que tienen que hacer de una buena vez”.

63. Por ejemplo: “más justicia”, “nuevas” y “mejores leyes”. “mayor igualdad económica”, “redistribución de la riqueza”, “ayudar a los que menos tienen para que no salgan a robar”, “seguridad social”, “que no haya necesidad de que la gente delinca”.

64. Estas categorías surgen como originales del análisis realizado junto a Cynthia Daiban (ver: Kriger y Daiban, 2015) y son: a) ideal individual: valora las prácticas ciudadanas ligadas a la moral individual, en términos de responsabilidad y legalidad, implica un *hacer-para-mi*; b) ideal social: valora prácticas ligadas a la acción comunitaria, de las acciones solidarias y asistenciales a la participación en grupos y organizaciones apolíticas, implica un *hacer-para-otro/s*; c) ideal político: valora prácticas en las que el sujeto forma parte de un colectivo, e implica un *hacer-con-nosotros*, de las acciones manifestativas a las partidarias y a las de protesta.

cuando “los titulares” hablen de otra cosa, los derechos humanos siguen enhebrando subyacentemente el tejido político, permeando la agenda.

## ¿“Consagración” y/o reconocimiento de la juventud?

Es relevante considerar el peso que ha tenido a lo largo de este ciclo de politización juvenil no solo la acción de los jóvenes, sino el reconocimiento y la interacción con los adultos en tanto generación previa que debe habilitar y “pasar la posta” a la siguiente. Ella se ha dado, como hemos visto, en el marco de la rearticulación del Estado Nación, y de recuperación de un proyecto histórico y un horizonte futuro que devuelve protagonismo tanto a la política como a la juventud, confiriéndoles nuevos sentidos en su interrelación. De modo más amplio, y en virtud de la construcción de lo que aquí llamamos *desde arriba* (el Estado ampliado, en clave gramsciana) de discursos, figuras e imaginarios de “la juventud”. Vázquez propone que estamos frente a una “consagración de la juventud” como causa militante, que promueve identificaciones, reconocimiento y adhesión (...) como un valor por el que vale la pena luchar” (Vázquez, 2013: 22). Sin negar la presencia ni la acción política efectiva de los jóvenes (que por sus carriles ya se encuentra en plena activación), tal proceso estaría menos ligado a la propia intervención de la juventud en el campo político que a la consagración que hacen los adultos de la condición juvenil.

O sea: se trata de una suerte de hipertrofia del valor de “la juventud” como capital de “la política”, que no es tributaria del reconocimiento específico de *estos* jóvenes y *sus* prácticas, sino de la importancia de contar con “jóvenes” para relegitimar las prácticas y el proyecto vigente (adulto). Desde este enfoque –más generacional que etáreo– la presencia de *lo juvenil* es una muestra de vitalidad y una garantía de futuro que re-encanta esos ámbitos que habían perdido su vigor y atractivo, y cuya continuidad había aparecido amenazada ante la “apatía” de los jóvenes de los 90’.

En este sentido, la ampliación del voto o el “voto joven” es uno de hechos más interesantes y relevantes de la última década, porque conjuga elementos de la consagración y del reconocimiento. Es como si allí encastraran algunas de las piezas de lo que llamamos “la construcción” y “la invención” desde y de la juventud, dejándonos ver en un mismo dibujo la figura continua que vertebrata el primer y segundo momento del ciclo. Dado que esta ley no ha surgido en respuesta a una demanda específica de los jóvenes ni a sus modalidades políticas propias –que en términos de Rosanvallon (2007), suelen ser más cercanas a la *democracia de implicación* que de *expresión*– sino como iniciativa adulta que viene a impulsar y adelantar su incorporación como ciudadanos políticos –pero sin

imponerla, dado que es un voto optativo, representa ante todo un triunfo de “la política”. Dicho de otro modo: ella logra arrimar “lo político” a su propio terreno, lo cual abre una posible controversia sobre el beneficio o no de sus intenciones, efectos o implicancias (¿Reconocimiento subjetivante o desconocimiento objetivante? ¿Habilitación, encuadre o cooptación?), que en última instancia nos refiere a un proceso más amplio de inclusión y de integración de la ciudadanía al Estado:

“...Pero la verdad de la milanesa no está en enumerar los logros conseguidos en el Congreso como la Ley de Centros de Estudiantes, o el mismo Voto a los 16, sino en entender por qué se dan estas cosas” (Pacho, 16, La Cámpora)<sup>65</sup>

Asimismo –como lo explica Joaquín a continuación– es posible inferir que si el interés de “la política” en los jóvenes y su consagración de la condición juvenil encuentran terreno que lo abone, es porque el interés de “el joven de hoy en día” por “la política” lo antecede. En este caso, el voto joven es un logro y una respuesta indirecta a lo hecho por los jóvenes:

“El interés del joven en la política existe, es claro y lo podemos ver en cualquier momento. Que hoy vayan a votar es solo una respuesta a una condición del joven de hoy en día, y que tiene una importancia fundamental en la construcción política de nuestro país” (Joaquín, 19, Marea Popular)<sup>66</sup>.

Se abren así una serie de preguntas sobre las implicancias presentes y futuras del adelanto del voto, así como de la génesis de los procesos que condujeron a él: Que significado tiene el voto en el sistema democrático? Ha sido la variable etérea un condicionante histórico el mismo? Como se resuelve la tensión entre la ampliación de derechos y la reducción de la minoridad, en especial en relación con el tutelaje estatal y con la imputabilidad penal? Que implicancias tiene el voto como herramienta política para los jóvenes de hoy y para otras juventudes, en relación con otras prácticas de participación? Como se vinculan la democracia indirecta y el voto como práctica formal, con las modalidades directas más propiamente juveniles de participación y acción? Las amplía al integrarlas a la política real o las restringe al encuadrar “lo político”? Que sucede con la escuela como ámbito histórico de formación de ciudadanía, con sus restricciones y potencialidades actuales?

65. Foro citado en nota 39.

66. Idem.

En un debate académico realizado en octubre del 2012<sup>67</sup>, Valeria Manzano señaló que la edad no fue originariamente una condición determinante para el voto y de hecho en nuestro país podía votar todo argentino que hubiera hecho el servicio militar (por ende, ninguna mujer). Silvia Elizalde desnaturalizó el debate con el aporte de la antropología de la edad. Por mi parte, adhiero a la idea de que la juventud, al igual que la infancia, es una construcción social, pero si olvidamos la base biológica estaremos dando el primer paso para avalar la desprotección social de niños y jóvenes, que jurídicamente (y quien dice jurídico, dice político) es indisociable de la concepción de infancia y juventud que los contiene. La cuestión pasa menos por la calificación que por establecer condiciones comunes a todos, lo que en el caso de esta ley –como señaló Silvia Guemureman– ha implicado considerar la incorporación de los electores de entre 16 y 18 años, con las mismas claves que se utilizan para analizar su capacidad de discernimiento y su capacidad para delinquir. Creo que deberíamos sumar a ello la condición de autonomía (pensada como un derecho que la sociedad y el Estado deben promover) en un doble sentido: como capacidad para decidir por sí mismo y de percibir el carácter socialmente construido (aceptable o cuestionable) de las normas; y su relación con la independencia, que en su faz material incluye el acceso a recursos como estudio, trabajo y vivienda.

Desde esta mirada ampliada, reconocemos como positivo el más pronto acceso de los jóvenes al ejercicio individual del derecho al voto, a sabiendas de que, como lo expresó Pedro Nuñez, las formas juveniles y estudiantiles de la política son mas informales, directas y de carácter colectivo; pero también, según encuentro en mis investigaciones, que los que no participan tampoco de esas formas son una gran parte de los jóvenes, a los que este nuevo ejercicio interpela de un modo menos comprometido (en tiempo, acción y cuerpo) y logra capturar con eficacia. En cuanto a la edad, Manzano incorporó un dato histórico: el cambio de edad, de 18 a 21 años, en países europeos, fue una iniciativa de las elites jurídicas y políticas para encuadrar a los jóvenes rebeldes en la política formal después del 68; y podríamos agregar que tampoco en América Latina las juventudes revolucionarias hicieron suya esa consigna.

En fin, lejos de restarle relevancia al voto a los 16, pretendo mostrar que verdaderamente hay un gran desafío: el de dotarlo de sentido propio.

---

67. Panel coordinado por Silvia Elizalde y Miriam Kriger, con la presencia de Silvia Guemureman, Valeria Manzano y Pedro Nuñez, en III Congreso sobre Juventud, Medios e Industrias Culturales, realizado en la Facultad de Periodismo y Comunicación de la Universidad de La Plata. Octubre 2013.

Apropiarse de este derecho de manera significativa es una tarea que protagonizarán los jóvenes, pero que interpela a toda la sociedad. Un ámbito clave es la escuela, que históricamente ha tenido el rol de formar a los ciudadanos, aunque hasta fines de siglo XX oficialmente lo ha hecho en una clave nacionalista homogeneizante y alejada de la conflictividad de la política. Si bien en los últimos años ha habido cambios y el encuentro entre la pedagogía y la política parece ineludible, no es sencilla la tarea de permear la escuela a los partidos políticos “de afuera”, ni a una conciencia política apta para dirimir el conflicto (lo que requeriría, entre otros, un profundo trabajo de formación de comprensión histórica y de entrenamiento en la deliberación). Son muchos los ajustes necesarios, curriculares y también referidos a las convivencias institucionales. (¿Sería coherente mantener un sistema de disciplina igual con ciudadanos que votan? ¿Sería posible establecer otros criterios de autoridad, basados en el reconocimiento?).

Sin dudas estamos frente a una oportunidad histórica para generar nuevas dinámicas de interpelación, reconocimiento y diálogo entre los jóvenes, la sociedad y el Estado. Afrontar el desafío de una educación política, tanto en lo curricular como en sus dinámicas institucionales, implica *soportar* la política con todo su peso y generar las condiciones para la entrada de las diferencias e identidades partidarias:

“Si el fin de la ley es ampliar los derechos y fomentar la participación juvenil, debe existir una apertura total a los partidos en las escuelas secundarias con debates organizados y garantizados” (Nico, 18, Partido Obrero)<sup>68</sup>.

El voto joven es también un indicador –y uno de los más exitosos a mí entender– de la relevancia que cobra la invención de la juventud en el marco de una reconstrucción estatal nacional relativamente veloz, que necesita rehabilitar el pasaje de postas intergeneracional interrumpido a finales del siglo XX. Pero “la consagración de la juventud” que propone Vázquez (2013), es un concepto crítico que, según interpreto, refiere a una cierta inflación de estos procesos que tensa el juego reconocimiento/desconocimiento.

De la clausura de la transmisión y la amenaza de dilapidar el legado (“la juventud desheredada”), en algunos ámbitos surge un imperativo de entrega inmediata (donde se pierde densidad afectiva e histórica, y se abre el riesgo de “eyectar” a los adultos mayores de la vida social). Pero: ¿en qué medida se está viendo y reconociendo a estos jóvenes o a la imagen de los continuadores imaginados? ¿Y por su parte, en qué medida

68. Foro citado en nota 40

pueden y quieren *estos* jóvenes –en su pluralidad de clase, cultural, de género, etc.– acomodarse en esos espacios y a la vez generar sus propios sentidos generacionales? ¿Quiénes son los que se sienten interpelados en este llamado realizado desde muy distintas posiciones partidarias y/o ideológicas?

Para ilustrar estas tensiones entre lo adulto y lo juvenil voy a traer las voces de dirigentes políticos jóvenes de muy diverso color político, puestas en dialogo en un foro académico<sup>69</sup>, que coinciden en distinguir y reclamar la necesidad de una agenda propia y plural:

“Acá hay una agenda que se oculta. No se habla de lo que piensan hacer los candidatos a presidente, que tienen una agenda que es completamente contradictoria con la agenda de la juventud, por lo menos con la inmensa mayoría de los jóvenes, los que laburan, los que estudian” (Julian Alsiner, Presidente de la Federación Universitaria de Buenos Aires, candidato a diputado por el Frente de Izquierda y de los Trabajadores)

“Una de las cuestiones con las que la juventud está conviviendo es la tensión con las conducciones de los partidos, que no son jóvenes. Por lo general tienen una mirada adultocéntrica (...) Por suerte los jóvenes seguimos tensando por adentro, decidiendo y apostan a la organización política”. (Joaquín Cortés, de La Cámpora y Subsecretaría de Juventud de la Nación)

“Los problemas de la juventud argentina los va a resolver la juventud argentina movilizada en un objetivo. Y a la política, a los partidos políticos, les vamos a imponer esa agenda...”. (Rafael Villanueva, Responsable de la JP Evita de la Ciudad de Buenos Aires)

“Nosotros hablamos de las juventudes y no de una sola juventud. Más allá de la diversidad, hay algo que a nosotros nos une: por un lado, la figura de Mauricio. Y por el otro, el concebir la política como una herramienta de transformación de la realidad. Concebir a la política como vocación de servicio” (Adriana Cáceres, del PRO).

Es evidente que aunque la consagración la realicen los adultos, “abriendo la cancha”, más allá de sus buenas o malas intenciones, lo que cuenta es que los jóvenes entran a jugar, y cómo lo hacen. Qué estilos y qué modos efectivizan, y cómo el Estado, las clases políticas (adultas) y la sociedad responden a ello: cuánto se sigue ampliando, cuánto se tolera, cuánto se controla, cuánto se prohíbe, una vez que los jóvenes están adentro. Porque no necesariamente la propuesta adulta será la que rijá la dinámica del juego, y en este sentido hay siempre una apuesta pero

69. Foro citado en nota 40

también un riesgo en la apertura, riesgo que otras generaciones y otros gobiernos a cargo del Estado decidieron no correr, e incluso acabaron mediante el uso del terror. Sin embargo, y recordando ahora “las dos manos del Estado” de las que habla Bourdieu (1993), suele suceder que incluso en las más democráticas coyunturas, la que habilita e incluye co-existe con la que controla y reprime, a veces con más y otras con menos conflictividad (vale recordar la noción gramsciana de hegemonía, porque en su interior las batallas no cesan...)

En suma, creo que el balance de este ciclo de politización que va del 2002 al 2015, nos muestra una intensificación de la misma en una nueva clave, y es importante aclarar que esto ocurre aunque no vaya necesariamente acompañado de un aumento proporcional de la cantidad de jóvenes que se interesan, participan y militan directamente en la política, que siguen siendo la minoría. Para ilustrarlo, la Primera Encuesta Nacional de Juventud realizada en el 2014<sup>70</sup> –en sí misma un indicador de lo que llamamos la invención estatal– en un apartado titulado “participación social”, donde la opción partidos/movimientos sociales no está considerada, indica que: mientras un 12,8% de los jóvenes participó en la iglesia/templo entre el 2013-4, un 4,3% lo hizo en una agrupación estudiantil y un 3,9% en una ONG o fundación. Por otra parte, en mis investigaciones en Ciudad de Buenos Aires y Conurbano<sup>71</sup> realizadas en el 2011 y en el 2014 encontramos que la participación ha crecido en términos generales entre ellas, y es de un 9,3% y 10,9% respectivamente en iglesia/templo, un 7.3% y 19.3% en centro de estudiantes, un 2,2% y 1,5% en ONG, un 4.7% y 4,3% en movimientos sociales/vecinales, un 2.9% y 1,6% en una ONG, y un 2.2% y 3% en partidos políticos. En suma, y sin pretensión comparativa, observo que la participación es más alta en términos generales en Bue-

70. El relevamiento de los datos fue llevado a cabo por el INDEC entre noviembre y diciembre de 2014, en conjunto con las Direcciones Provinciales de Estadística. Se entrevistaron 6340 mujeres y varones de 15 a 29 años en todo el territorio nacional.

71. Me refiero a las investigaciones realizadas en el 2011-13 en el marco de los Proyecto PIP CONICET (112 201001-00307), y UBACyT (GEF 20020110200204), y en el 2012-15 en el marco del Proyecto PICT 2012-2751, bajo mi dirección. Los datos citados provienen de dos estudios, ambos realizados en escuelas de diverso nivel socioeconómico de la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano bonaerense, entre jóvenes de ambos géneros de 17-18 años de edad; el primero sobre una población de 275 estudiantes de siete escuelas, y el segundo sobre 321 estudiantes de seis escuelas. Ambos estudios han sido de corte comprensivo, aplicando una metodología cuantitativa y cualitativa, la primera consistente en la aplicación de un cuestionario elaborado en base a herramientas previas de investigaciones propias y reformulaciones *ad hoc*, y la segunda en observaciones etnográficas, realización de entrevistas individuales presenciales y semiestructuradas, actividades en grupo, y trabajos con dilemas morales.

nos Aires y Conurbano que a nivel nacional. También, que en este último ámbito entre el 2011 y el 2014 se produjo un aumento notable de la participación en el ámbito estudiantil, que supera hoy a la de la iglesia/templo (10,9%) al pasar de 7,3% a 19,3%; pero no hubo cambios significativos en los otros espacios, donde cabe destacar que la participación en instancias partidarias sigue siendo baja: no supera el 3%, y que se confirma la tendencia ampliamente mayor en movimientos sociales en términos relativos, con un 4,3%.

Ahora bien: estos resultados, donde la participación no “irrumpe” como dato fáctico ¿ponen en duda la relevancia de la politización juvenil y su reconocimiento? ¡De ninguna manera! Porque la potencia y los efectos de las acciones de quienes sí participan y el tipo de construcción colectiva y organización que han generado en estos años se materializan como transformaciones cualitativas. Ellas implican la entrada a la agenda juvenil de “la política” como tema, como problema, como objeto de deliberación, diseminando y sembrando sus sentidos, modalidades y efectos hacia todos los jóvenes. Mariela (38, profesora)<sup>72</sup> expresa su percepción al respecto:

“Pienso en mi propia experiencia como docente de escuela secundaria de una escuela Provincia de Buenos Aires, donde he asistido a una explosión de la participación política. Y como participación no me refiero solo a que lxs alumnxs militen en determinadas organizaciones o partidos sino que existe un nivel de debate y participación en las clases inusitado para mí”.

Fuera de la escuela y de otros espacios de socialización juvenil, en la sociedad en su conjunto se puede percibir que la juventud se positiviza, visibiliza y cobra centralidad *en tanto actor colectivo* legítimo. Y a hacerlo positiviza, visibiliza y da centralidad a “la política” de mismo modo.

---

72. Mariela Sarlinga, alumna participante del foro de la clase 7 de curso: “Juventudes en Argentina y America Latina: Culturas e identidades del siglo XX al XXI”. Dir. Miriam Kriger. Centro REDES (<http://cursos.centroredes.org.ar/>) Buenos Aires, noviembre del 2015.

## *Palabras finales. Y entonces... ¿fue magia?*

A lo largo de este libro he tratado de mostrar que la relación de los jóvenes con la Nación y el Estado ha sido casi tan determinante para la configuración de “la juventud” como sujeto social, como para la propia continuidad y resignificación del “proyecto común” que los Estados nacionales materializan. Lo que se produjo en la primera parte del siglo XX en la etapa de “invención” de la juventud *desde arriba* y de construcción *desde abajo* por los propios jóvenes en relación con el belicismo/el sistema y el pacifismo/la revolución, pareció revertirse en un segundo momento. Cuando a finales del mismo siglo, el Estado des-inventó el vínculo entre Nación, política y juventud, los jóvenes contestaron rescatando su herencia desde varios eslabones atrás en la cadena intergeneracional, desenterrándola –metafóricamente– como si fuera un tesoro descubierto en el fondo de la propia casa. Ahí, precisamente, está puesto el foco de este trabajo: en ese período que se inaugura en la Argentina de comienzos del nuevo milenio y finaliza con el 2015. Del punto más hondo de la crisis que sigue al estallido del 2001, que es también el de arranque de la reconstrucción del Estado y del proyecto en clave nacional y popular, hasta la consolidación de país y del sistema político, ya ante un próximo cambio de gobierno de signo ideológico– partidario inverso.

Propuse que allí tuvo lugar un nuevo ciclo de politización juvenil, en el cual distinguimos dos momentos y también dos dinámicas: el primero, de la construcción contra hegemónica de los jóvenes a su des-invención globalizante de fines del siglo XX, y el segundo, de la “tercera invención” de la juventud desde un Estado en proceso de rearticulación que interpela a los jóvenes en una clave re-nacionalizadora, reinviéndolos de carácter político. El mayor desafío que presentaban esos años era el de ir más allá de la invención restitutiva o de una conservadora “refundación” de la Nación como respuesta inmediata a la crisis, para lograr una recuperación histórica del pasado y la reinención del proyecto en un presente político. Si eso no sucedía –pensaba– los jóvenes correrían el riesgo de

quedar restringidos a ser intérpretes de místicas generacionales ajenas. Para componer sus propias canciones y ser protagonistas de un proyecto histórico común, era necesaria en cambio la re-significación (y no el retorno) de la Nación y la política.

Queda aún por delante evaluar si más allá de la reivindicación moral, voluntarista y mal o bien intencionada de la política tras la crisis que la desbancó en el ocaso del siglo, y tras más de una década de rearticulación estatal nacional pero aún en un contexto atravesado por persistentes y nuevos tipos de desigualdad social, los jóvenes disponen de recursos y agencialidad para reinventar políticamente lo común. Recordemos que la juventud “no es más que una palabra” (Bourdieu, 1984) y es cada generación la que viene a hacer el relevo de/contra la anterior, la de “los viejos”. Se dice que ella recibe el legado, a veces puede rechazarlo y otras debe reclamarlo, pero sin dudas siempre es la que trae lo nuevo (aún cuando no sea novedoso): lo que aún no estaba, lo que se espera, lo que no se imagina siquiera, lo que se teme, lo que se desea, y lo por-venir. Todo simultáneamente.

Debemos por ello atender a los efectos de lo que llamamos aquí la tercera “invención” de la juventud, que ya no refiere solo a los propios sujetos ni a una condición o atributo de los mismos, sino a su objetivación, también como una causa consagrada por los adultos. La juventud deviene en arena de lucha, pero no conocemos aún cuál será la respuesta –contestataria o no– que realizarán los propios jóvenes. ¿Ante qué Estado y/o qué otros interlocutores políticos lo harán a partir del diciembre del 2015, con un nuevo gobierno nacional de centro derecha, encabezado por el PRO de Mauricio Macri? ¿Cómo responderán a la nueva interpelación *desde arriba*, asentada ya no en el conflicto sino en una matriz moral reconfigurada en términos políticos (Dukuen y Kriger, 2016), con modalidades de activismo que ya no son tributarias de la militancia propiamente política sino del voluntariado y el emprendedorismo (Vommaro G., 2014)?

Ellos también ordenan sus posiciones en el tablero de “la política” que –como vimos– fue siendo ocupado en estos años por quienes venían del campo de “lo político”. Es aún difícil prever el encuentro entre todos, que comparten rasgos generacionales pero también identidades construidas reactivamente en torno a los mismos valores reconvertidos en ideales (como la solidaridad). Es preciso aun comprender y asimilar lo que hemos escuchado de todos los jóvenes a lo largo de estos años, es decir: de los que desde “lo político” y desde “lo antipolítico” convergen hoy en “la política”. Nos queda observar cómo se posicionarán a partir de ahora en su diversidad y pluralidad, respecto de las nuevas y variadas interpelaciones que puedan habilitar u obturar su actuación como dueños legítimos de esa suerte de valor en alza en que se ha convertido “la juventud”.

He mostrado y analizado diversos aspectos de las dinámicas de politización juvenil que se gestaron, desarrollaron e intervinieron en este proceso de “devenir político” de los nuevos ciudadanos y de “la juventud” como actor colectivo en un contexto particular, que hemos vivido con la conciencia y el sentimiento de estar siendo/haciendo parte de un momento histórico. Me animo a decir: un tiempo en el cual –no importa en qué lugar del espectro político estuviéramos parados– fuimos *nosotros* quienes hicimos *nuestra* historia, y por eso tanta intensa pasión y conflictividad. Y como miembro de la generación adulta: un tiempo en que la posibilidad de reponer un legado para transmitir se hizo real, por eso hoy disputamos la política con tanta garra desde todos los sectores.

Digo “final de ciclo” no porque automáticamente un cambio de gobierno lo implique, sino porque los procesos de politización social y específicamente juveniles que se desplegaron en estos años parecen haber llegado en este momento a un punto de viraje. Para decirlo con una imagen: el tablero de juego está lleno, todas las fichas sobre la mesa. Porque este ciclo fue el de la reposición de la mesa, del tablero y de las fichas. Las negras y las blancas. Todas fueron, si no convocadas, provocadas a salir a escena.

El agonismo fue la marca del kirchnerismo durante estos años, fue el motor político que repuso el conflicto en la escena con toda su inflamable carga de historia y su vértigo de horizontes. El que, necesitado de antagonismos, salió a buscar a sus adversarios, no dejó de desafiarlos, de convocarlos, de azuzarlos, en fin: de generar las condiciones para poder seguir jugando. ¿Lobo está? Asistimos hoy ni más ni menos que a la conversión de la ciudadanía antipolítica/contrademocrática en ciudadanía política partidaria, “republicana” donde antes leíamos “popular”. Los jóvenes PRO son producto de la *alquimia social* que transforma los esquemas morales en disposiciones políticas<sup>73</sup>, con un discurso que no se presenta como antagónico pero que necesariamente se construye contra el antagonismo kirchnerista.

Eso sí, entonces, “fue magia”.

---

73. Esta hipótesis es trabajada en profundidad en Dukuen y Kriger (2016).



## Bibliografía

- Agamben, G. (2003) *Estado de excepción*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Aguilera, O. (2011) "Acontecimiento y acción colectiva juvenil. El antes, durante y después de la rebelión de los estudiantes chilenos en el 2006", *Propuesta Educativa*, 1(35), Año 20, Junio, 11-26.
- Aguiló, V. y Wahren, J. (2013) "Educación Popular y Movimientos Sociales: Los Bachilleratos Populares como 'Campos de Experimentación Social'", en *X Jornadas de Sociología*, Bs. As., Universidad de Buenos Aires.
- Alvarado, S. V. & Vommaro, P. (2010) *Jóvenes, cultura y política en América Latina: Algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lectura (1960-2000)*. Buenos Aires: CLACSO.
- Amézola, G. de (2010) "La enseñanza de la historia en Argentina y los problemas de enseñar historia reciente en la escuela". En Kriger M. y Borrelli, M (2011) *Cómo enseñar la historia reciente: Estrategias para el abordaje de pasados en conflicto*. Curso virtual de nivel posgrado del Arrea de Ciencias Sociales de CAICYT CONICET. Argentina ([www.cursos.caicyt.gov.ar](http://www.cursos.caicyt.gov.ar)).
- Anderson, B. (1983/1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1ra. Ed. en español de la 2da. Ed. En inglés) México: Fondo de Cultura Económica.
- Anderson, P. (1978) *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Barcelona: Fontamara.
- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.
- Badiou, A. & Truong, N. (2012). *Elogio del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Balandier, G. (2005). *Antropología Política*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Blase, J. (1999) (Ed.) *The politics of life in schools: Power, conflict, and cooperation*. Newbury Park, CA: Sage.
- Bourdieu, P. (1984/1990). La "juventud" no es más que una palabra. *Sociología y cultura* (1ra. Edición). México: Grijalbo. (163-173)
- Bourdieu, P. (1993) *La misère du monde*. París: Seuil. Marzo de 2012 - Año XVI, ISSN 1852-4710. En <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-49/tres-pasos-hacia-una-antropologia-historica-del-neoliberalismo-real>. Consultado el 15/11/2015.
- Carnovale, V. (2011). *Los Combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Chaves, M. (2005). "Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea". *Última década*, 13(23), 09-32.
- Chaves, M. (Comp.). (2009). *Estudio sobre Juventudes en Argentina 1. Hacia un estado del Arte 2007*. La Plata: Editorial Universidad de la Plata.

- Coleman, J. C. & Hendry, L. B. (2003). Cap. XI: Política, Altruismo y Acción Social. *Psicología de la Adolescencia*. Madrid: Morata.
- Corea, C. y Lewkowicz, I. (1999): *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Buenos Aires, Manantial.
- Dukuen, J. y Kriger, M. (2015). Solidaridad, esquemas morales y disposiciones políticas en jóvenes de clases altas: hallazgos de una investigación en una escuela del conurbano bonaerense (2014-2015). *Revista Astrolabio*. Nueva Época, UNC, Córdoba. En prensa.
- Escudé C. (1990). *El fracaso del proyecto argentino*. Buenos Aires: Tesis.
- Espósito, R. ([1988] 2006) *Categorías de lo impolítico*, Buenos Aires: Katz.
- Feixa, C. (2000). *De jóvenes y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Feixa, C. (2006). Generación XX: Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4(2), 21-45.
- Gramsci, A. (1972). *Notas sobre Maquiavelo, el estado y la política moderna*. Bs. As: Nueva Visión.
- Habermas, J. (1995/1997). *Más allá del Estado Nacional*. (Edición en español). Madrid: Trotta.
- Hahn, C. L. (2006). Comparative and international social studies research. En K. C Barton (Ed.). *Research methods in social studies education: Contemporary issues and perspectives*. Greenwich, Connecticut: Information Age Publishing. (139-158).
- Higuera, D. (2013) El sentido de "lo político". Escuelas, relaciones intergeneracionales y militancias en la Ciudad de Buenos Aires, *Revista Argentina de Estudios de Juventud* Vol. 1, No 7. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/revista-dejuventud/article/view/2038>, consultado: 16/11/2015.
- Higuera, D. (2015) "Cambios en la transmisión y apropiación del pasado reciente en la escuela. Reflexiones a partir de un caso en la ciudad de Buenos Aires". Ponencia presentada en el *VIII Seminario internacional políticas de la memoria: Memoria. Verdad. Justicia. Debates y políticas de memoria en Argentina*. Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti. Buenos Aires 24, 25 y 26 de septiembre.
- Hobbes, T. (1649) *Tratado sobre el ciudadano*. Madrid: Trotta, 1999.
- Hobsbawm, E. (1990/2000). *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. (Edición en español). Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1995) *Historia del siglo XX, 1914-1991 - Age of extremes. The short twentieth century*. Barcelona: Crítica.
- Kriger, M. (2007) *Historia, Identidad y Proyecto: un estudio de las representaciones de jóvenes argentinos sobre el pasado, presente y futuro de su nación*. Tesis para optar el título de Doctora en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.
- Kriger, M. (2010) *Jóvenes de escarapelas tomar: Escolaridad, enseñanza de la historia y formación política en la Argentina post -2001*. La Plata: Editorial Universidad de la Plata.
- Kriger, M. (2011) La enseñanza de la historia reciente como herramienta clave de la educación política: Narrativas escolares y memorias sociales del pasado dictatorial

- argentino en las representaciones de jóvenes estudiantes de la Ciudad de Buenos Aires y conurbano (2010-11). *Persona y Sociedad* (Santiago de Chile), 25(3), Pp. 29-52.
- Kruger, M. (2012) La invención de la juventud, entre la muerte de las naciones y su resurrección. En M. Kruger (Comp.) *Juventudes en América Latina: abordajes multidisciplinares sobre identidades, culturas y políticas del siglo XX al siglo XXI*. Buenos Aires: Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas. Pp 124-152.
- Kruger, M. (2014a) Politización juvenil en las naciones contemporáneas. El caso argentino. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 12 (2), Cinde Manizales (Colombia) Pp.583-596.
- Kruger, M. (2014b). "Votar o no votar: ¿esa es la cuestión?" En Angelini, A y Narvarte, E. (2014). Jóvenes y política. Reflexiones en torno al voto joven en Argentina. La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación, Universidad Nacional de La Plata. Pp. 55-61.
- Kruger, M. (2015) "La política y lo político: del dilema al problema. Análisis de las argumentaciones y propuestas de acción de jóvenes estudiantes de la Ciudad de Buenos Aires". Dossier temático sobre "Juventud y Política" del cuarto número de la *Revista De Prácticas y Discursos*. Cuadernos de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Nordeste, ISSN 2250-6942.
- Kruger, M. & Dukuen, J (2014) "La política como deber. Un estudio sobre las disposiciones políticas de estudiantes argentinos de clases altas (Buenos Aires, 2011-2013)". *Revista Persona y Sociedad*, Chile, Universidad Alberto Hurtado, Volumen XXVIII Núm. 2, 59-84 ISSN 0716-030X 2014: Kruger, M.: "Politización juvenil en las naciones contemporáneas. El caso argentino". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 12 (2), pp. 583-596.
- Kruger, M. & Daiban, C (2015) "Del ideal del ciudadano al ciudadano en-situación: Un estudio sobre los modelos de ciudadanía y los posicionamientos subjetivos de jóvenes ciudadanos en la Argentina actual (Buenos Aires y Conurbano, 2011-13)". *Revista Folios* 41, 87-102.
- Kropff, L & Núñez, P. (2009) Eje Acción, participación, opciones y estrategias políticas. En M. Chaves (Ed.) *Juventudes en Argentina 1. Hacia un estado del arte/2007*. La Plata: Editorial Universidad de la Plata.
- Laclau, E. (1996) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Levin, F. (2008). El pasado reciente, entre la historia y la memoria. En M. Kruger & M. Borrelli. (Coords.). Curso de posgrado. La historia reciente como desafío a la investigación y el pensamiento en Ciencias Sociales. Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas. Buenos Aires. Recuperado de <http://recursos.caicyt.gov.ar>
- Lewkowicz, I. (2002) *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad postestatal*. Buenos Aires: Paidós.
- Lorenz, F. (2006) El pasado reciente en Argentina: las difíciles relaciones entre transmisión, educación y memoria. En M. Carretero, A. Rosa y F. González (comps.), 277-296, *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Lyotard, J. F. (1979/1993). *La condición posmoderna*. (Edición en español). Buenos Aires: Planeta.

- Mannheim, K. (1928/1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de investigación sociológica*, 62, 193-242.
- Manzano, V. (2015) "¿Qué hay de nuevo en las "nuevas" Disidencias juveniles? Algunas Perspectivas históricas desde el Cono Sur", en The 2015 Lozano Long Conference. "Nuevas disidencias: Youth, culture, transnational flows, and the remaking of politics in the Americas", University of Texas, Austin, Febrero de 2015.
- Margulis, M. (Ed.) (1996/2008). *La juventud es más que una palabra*. (3ra. Edición) Buenos Aires: Biblios.
- Michaud, E. (1996). Soldados de una idea: Los jóvenes bajo el Tercer Reich. En G. Levy, & J. C. Schmitt (Comps.). *Historia de los jóvenes. (Vol. II)*. Madrid, Santillana-Taurus.
- Milstein, D. (2009). *La Nación en la escuela. Nuevas y viejas tensiones políticas*. Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Muñoz, M. A. (2004): "Los discursos de la desocupación y la pobreza, las organizaciones de desocupados y la esfera político estatal". En Laboratorio/n line: *Revista de Estudios Sobre Cambio Social*, del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), 2004.
- Pérez, G. & Natalucci, A. (2012). El kirchnerismo como problema sociológico. En G. Pérez & A. Natalucci. (Comps.) *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Trilce. (7-26).
- Raggio, S. (2006). En torno a la Noche de los Lápices. La batalla por los relatos. *Puentes*, N° 18.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma.
- Reguillo, R. y otros (coordinadores) (2004), *Tiempo de híbridos*. Entresiglos. Jóvenes México-Cataluña. México, Instituto mexicano de la juventud y Secretaría de la juventud de Cataluña.
- Rinesi, E. (1993) *Seducidos y abandonados: carisma y traición en la "transición democrática" argentina*. Buenos Aires: Manuel Suárez.
- Rinesi, E. (2009) *Las máscaras de Jano. Notas sobre el drama de la historia*. Buenos Aires: Gorla.
- Rodríguez, E. y Dabezies, B. (1990): Primer informe sobre la juventud en América Latina, 1990. Conferencia Iberoamericana de Juventud, Madrid, 1991.
- Rosanvallon, P. (2006/2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza en París*. Buenos Aires: Manantial.
- Rousseau, J. (1760/1998). *Emilio, o de la Educación*. (Edición en español). Madrid: Alianza.
- Ruiz Silva, A. (2009). La nación en los márgenes. Estudio de los elementos de carácter representacional, moral y político en relatos de nación de jóvenes de últimos grados de secundaria, de una escuela pública, en el conurbano bonaerense. Tesis doctoral aprobada ante FLACSO, Argentina.
- Ruiz Silva A. (2011) *Nación, Moral y Narración*, Bs. As, Miño y Dávila.
- Romero L.A. (coord.) (2004) *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares*. Bs As: Siglo XXI.

- Saintout, F. (2006) *Jóvenes: El futuro llegó hace rato*. Buenos Aires: Ediciones de Periodismo y Comunicación, Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de la Plata.
- Saintout, F. (2011) "Jóvenes; nuevos modos de recrear la política", En Kriger, M (Dir): Cultura, política e identidades del siglo XX al XXI (curso virtual) Buenos Aires, CAICYT CONICET, 2011-2.
- Scavino, D. (1999): *La era de la desolación*, Buenos Aires: Manantial.
- Seoane, J. & Taddei E. (2002). Los jóvenes y la antiglobalización. En C. Feixa, J. Saura & C. Costa (eds.). *Movimientos juveniles: de la globalización a la antiglobalización*. Barcelona: Ariel.
- Svampa, M (2001) *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Bs. As.: Biblos.
- Svampa, M. (2006) *El dilema argentino: Civilización o barbarie*. Buenos Aires: Taurus.
- Touraine, A. (1997) *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Madrid: PPC.
- Vázquez, M. (2013) "En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento". *Revista Argentina de Estudios de Juventud* (Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina), (7).
- Vázquez, M. & Vommaro P. (2008) "La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 6(2).
- Vázquez, J. Z. & Gonzalbo Aizpuru, P. (Comps.) (1994). *La enseñanza de la Historia*. Washington: Interamer Organización de los Estados Americanos.
- Vezzetti, (2007). Conflictos de la memoria en la Argentina. Un estudio histórico de la memoria social. En A. Perotin-Dumon (dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Disponible en <http://www.historizarelpasadovivo.cl/downloads/vezzetti.pdf> [diciembre, 2010].
- Vommaro, G. (2014) "'Meterse en política': la construcción de pro y la renovación de la centroderecha argentina" *Nueva Sociedad*, 254, 57-72, ISSN: 0251-3552.
- Vommaro, P. (2013) "Las relaciones entre juventudes y políticas en la América Latina contemporánea: una aproximación desde los movimientos estudiantiles". *Sociedad* (Buenos Aires), (32), mayo, 127-144.
- Vommaro, P. (2015) *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina*, Bs As: GEU.
- Wacquant L. (2012). "Three Steps to a Historical Anthropology of Actually Existing Neoliberalism." *Social Anthropology*, 19-4 pp 66-79.
- Winneburg, S. (1999) "Historical Thinking and Other Unnatural Acts", en *Phi Delta Kappan*, Volumen 80, N° 7, marzo de 1999, pp.488-489.
- Zibechi, R. (2003) Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. *Observatorio Social de América Latina*, (9), año IV, enero. Buenos Aires: CLACSO.
- Zunino, E. A. (2011) La representación mediática del conflicto político: un estudio sobre la cobertura informativa del enfrentamiento entre "gobierno y campo" en 2008. *Em Questao*, 17(1), pp. 93-109.



Esta obra expresa de distintas maneras que no hay política sin acontecimiento, que solo es posible la invención o re-edición de ideales de vida justa en contextos históricos situados y a partir de lo que un pueblo va perfilando cotidianamente; esto es, conquistas sociales o, incluso, lo contrario: pérdidas, desposeimiento y nostalgia. De este modo, el texto ayuda a comprender la sociedad de los jóvenes -de escarapelas, territorios y banderas tomar- como campo agonista, a partir de una descripción rigurosa y crítica de sus principales manifestaciones públicas. El análisis no solo contribuye a desenzimar el concepto de juventud como motor inmóvil de la sociedad, como fuerza natural incuestionable, sino que además permite mirar histórica y políticamente su actuación organizada; sus sensibilidades, motivaciones, justificaciones; su significación de los acontecimientos de la última década, los avatares del sentido político atribuido a sus compromisos y a sus interpretaciones de los conflictos sociales más emblemáticos del pasado reciente de la Argentina. Se trata de una mirada aguda de las juventudes, a su permanente re-politización en contradicción, identificación o tensión con las políticas estatales. El escrito en su conjunto ayuda a entender que si ha habido en la segunda parte del siglo XX y en lo corrido del actual un concepto profundamente político es justamente el de juventud, en sus tres invenciones: en su origen, devenir y múltiples mutaciones.

Dr. Alexander Ruiz Silva (Profesor Titular. Universidad Pedagógica Nacional, Colombia)

En este libro, Miriam Kriger aborda desde una perspectiva sociocognitiva e histórica las tres invenciones de "la juventud", ese oscuro objeto de deseo que sin ser más que una palabra ha jalonado del siglo XX al XXI la producción de ese "proyecto común" que los Estados nacionales materializan. Justamente por eso, la autora se pregunta por la politización de los jóvenes, un comodín poliforme que desde arriba y desde abajo se juega en las luchas, siempre políticas, por definir el sentido de ese proyecto que somos. Este libro es una invitación a comprender esa incesante insistencia, la de "lo político": en el antagonismo, e incluso en su negación, es decir, en las formas bastardas de la política y la moral donde esos cuerpos jóvenes flanean sus banderas.

Dr. Juan Dukuen (Investigador. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina)

